

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 9 de Abril de 1899.

Número 15

REVISTA MILITAR.



El Sr. Presidente de las Repúblicas, General Don Porfirio Díaz.

Fot. de Mora.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Los teatros, armados de punta en blanco, han dado principio á la batalla caballerisca. El drama y la zarzuela son los númenes de este combate.

En el teatro Hidalgo hallamos al viejo drama español; y á la picante opereta, en Arbu y en el Principal. Cada uno de estos coliseos tiene su público, sus piezas, sus heroínas y sus lances.

La concurrencia que asiste al Teatro Hidalgo,—un teatro cómodo, aseado y risueño como un burgués en domingo—es sencillota, jovial, honrada, y se compone, en su mayor parte, de los pacíficos moradores de aquel lejano barrio. Gusta de Bouchardy, de Zorri-lla, de Cano y Mazas y de Fernández y González; desdeña, á veces, á Echagaray y á Tamayo, no entien-de bien á Shakespear y á Victor Hugo, y aborrece de todo corazón á Alejandro Dumas, hijo, porque no la entretiene ni la hace llorar. No puede pasarse sin ver una vez al año «La vida de un jugador;» dos veces, «La Huérfana de Bruselas,» tres, por lo me-nos, el «Don Juan Tenorio,» en principios de Noviem-bre, y una pastorela por Navidad.

Comediantes de segundo orden hacen las delicias de este buen público que se interesa, como si fuese realidad viva el fingimiento escénico, por los márti-res de la virtud, siente odio por los personajes crimina-les ó viciosos, y experimenta cierta repulsión mez-clada de miedo por el *barba* ó el *galán* central á quien toca interpretar los aborrecibles tipos de los traido-res.

El público de Hidalgo, como lo tengo dicho, es honrado y de buena fe; ha dejado la tienda, el taller, el hogar tranquilo, para venir á solazarse delante de un tablado donde la virtud triunfa del vicio, la inocencia del crimen y el débil del fuerte. Son respetables es-tas candideces simpáticas que tienen un fondo de verdad que conmueve.

El público del Principal y el de Arbu, es otro: ale-gre, zandunguero, malicioso, con sus puntas y ribe-tes de mal intencionado. Va al teatro por reír, y ex-clusivamente para divertirse riendo. Y, en efecto, ríe, á boca llena. Prefiere el chiste rojo, la frase pi-cante, las escenas cómicas, los tipos ridículos, la mú-sica retozona y el canto flamenco. Es adorador, más que del *sprit* francés, alado y colorido como una ma-riposa, de la gracia española, no siempre ligera, ni ingeniosa, ni delicada, antes bien, con frecuencia, tosca, pesada, burda. Este público es joven todavía, calaverón, trasnochador, parrandero; muy decente y muy fino, pero muy alegre, y, como todo joven, im-presionable y novelero. Le agrada, hasta el extremo de haberse convertido en manía, ver esta frase, en letras carmesíes, en el pórtico, á la entrada del salón de espectáculos: *Et sábado próximo, estreno.*

No pide grandes obras. Le gustan piezas en un ac-to, sainetillos, manjares de chistes, de equívocos, de situaciones graciosas condimentadas con la salsa de una música alborotadora y espolvoreada con su res-pectiva sal y pimienta.

Por supuesto que este público no llora —¡quién! ¡que ha de llorar!—Toma la vida por el lado sonriente, irreflexivo, leve. Aunque... á veces sí; á veces se po-ne pensativo y como mal humorado. Tiene momen-tos de seriedad y cuando se fatiga de estar contento, de reír (pequeño paréntesis del regocijo juvenil) en-tonces hay que darle otra cosa.

—Offembach, Lecoq, Andran, Souppé... con per-miso ¡oh dioses de este Olimpo placentero! van á ve-nir Arrieta, Marqués, Chapí y otros españoles ce-ñidos á hacernos una visita. Chueca, Valverde, Ji-ménez... fuera de aquí.

Y ahí están «Marina», «El Milagro de la Virgen», «El Juramento» y quizás «La Tempestad» y tal vez «Las Hijas de Eva»?

Se van las piezas chicas; las grandes no; esas que-dan mohinas y despechadas en un rincón del reperto-rio. Están unguidas por la gloria, han atravesado el océano y saben que pronto volverán á ser llamadas, como sabe la Primavera que no es la eterna vencida del Invierno. La petipiezas, en cambio, se escurren en interminable desfile por los bastidores, plegando cuidadosamente las alitas frágiles, con la esperanza de que si tornan á acordarse de ellas no las hallen tan envejecidas ni maltratadas.

Por fortuna, para conservarlas siempre flamantes, están allí las tiples del género chico: Rosa Fuertes y Rosario Soler.

La Soler anda con garbo, sonrío con intención, canta con gracia. No es por cierto, la plástica la que la hace invencible; ese talle necesitaría, tal vez, correc-ción en las curvas; en ese rostro hay líneas vulgares; mas colocad sobre el alto peinado un clavel sanguíneo, abrid esos labios con una sonrisa provocativa y au-daz, echad sobre ese cuerpo un mantón floreado de largos flecos, y la artista, joven é inexperta, surgirá triunfante como llevando en sí toda el alma españ-la. ¿Esta mujer tiene talento? Quizá; lo que tiene seguramente es ángel. ¿Te ha visto? Pues... infeliz

de tí! como canta la Carmen de Bizet. Haciendo una maja parece una ilustración de Madrazo.

Rosa Fuertes, adorable artista, de *fond en comble*, tiene en su talento la extraña particularidad de no encanallarse nunca. Su semblante, hermoso semblan-te de mujer apasionada, se conserva en el término preciso en que concluye el guiño pícaro y comienza el gesto otsereno.

La gracia de Rosa tiene alas. Cuando la veis des-cender al fango de una copla, ó á la maraña de un equí-voco, creéis que va á salpicarse de lodo esa ave del paraíso. Y no: vedle el plumaje immaculado; bajó ro-zando la superficie sin tocarla; he aquí un verdadero milagro del Arte.

Estefanía Collamarini, más artista que todas, por la superioridad de su género y su magnífica escuela que le ha permitido hacerse tiple de opereta con la misma sencillez con que la reina de Saba se hizo campesina, sin perder ni un instante la magestad de su aspecto, es, por ahora, uno de los más grandes atractivos del Teatro Principal.

La artista italiana, que ya domina bastante el pe-ligroso idioma castellano, ha hecho de la olvidada «Mascota» una resurrección. Nada más encantador que ese tipo de aldeana enamorada interpretado por la Collamarini. Es una maravilla de gracia...

* *

El oratorio de Perosi, «La Resurrección de Lázaro», es en la presente época, en que triunfa en toda la lí-neas, Su Magestad la Zarzuela, una estrella caída en un pantano.

El Abate Perosi, discutido, comentado y admirado en Europa, es un apóstol lleno de fé artística y reli-giosa que quiere, nuevo Palestrina, crear la moderna música sagrada. Doce oratorios—dice—van á servirle para ello.

Efectivamente, según el parecer de los musicólogos, Palestrina es su modelo y su ideal. Quiere Perosi dar á su música lo que aquel maravilloso cantor; las va-gas y vastas armonías de las desolaciones místicas y las suplicaciones de un pueblo triste, arrodillado bajo la mano de Dios.

No sé si ahora que oigamos el flamante oratorio, nos causará la impresión de sublimidad y de angustia que en un templo cristiano causa la voz del órgano. El teatro es un lugar sin unción que no convida al re-cogimiento, sino que antes bien, distrae al espíritu con el recuerdo de ideas profanas y torpes. La mú-sica sacra es allí como una monja loca que se vistió de fantasía. Conmueve poco porque sus más inspirados arranques de piedad, sus excelsos gritos de dolor y de fé, se derraman en una atmósfera insana que no está empapada en llanto, ni huele á incienso, ni lleva ecos de oraciones. Esa música es una desterrada de las na-ves y del coro. Le falta decoración; le falta ambiente.

En la capilla Sixtina... ah! oid lo que un gran poeta sintió en esa capilla, oyendo un *Miserere* de Pa-lestrina:

«Estos *Misereres* están fuera y quizá más allá de to-da música que yo haya jamás escuchado. El tono con-tinuo es el de una oración extática y quejumbrosa que persevera y vuelve á empezar sin dejarlo jamás, fuera de todo cántico simétrico y de todo ritmo vulgar; as-piración infatigable del corazón gemidor que no pue-de y no quiere reposar más que en Dios, anhelos siempre renovados de las almas cautivas, siempre abatidas por su peso hacia la tierra; suspiros prolon-gados de una infinidad de desgraciados y tiernos amantes que no se cansan de adorar y de implorar.

El espectáculo es tan admirable para los ojos como la música para los oídos. Los cirios se extinguen uno á uno; el vestíbulo se oscurece, las grandes figuras de los frescos se mueven obscuramente en las som-bra. Se está delante de la capilla resplandeciente como un paraíso angélico de gloria, de luces y de per-fumes. Los pisos de cirios suben al altar como una custodia: descienden las arañas abriendo sus arabes-cos dorados, sus penachos de resplandores con sus adornos diamantinos como las aves místicas del Dan-te. Las conchas de nácar erizan el santuario con sus blancuras esplendentes; las columnas tuercen sus es-pirales de azul entre los encantadores cuerpos de los ángeles, bajo los vapores enrollados del incienso que humea; un aroma embriagador llena el aire»...

En nuestro viejo Nacional no vamos á experimen-tar esas sensaciones. Perosi allí es como una profa-nación: pero ¡oh divino sacrilegio que eleva nues-tras almas á la contemplación de lo bello!...

Enrique Alvarado

EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

No estoy convencido, lo digo con franqueza, de que los lectores de *El Mundo Ilustrado* puedan hallar gran atractivo en éstos resúmenes, forzosamente sobrios y fríos, de acontecimientos que sólo muy de léjos tie-nen conexión con nuestra vida nacional y que el cable de á conocer á diario copiosamente. Nuestra óp-tica mental se educa hoy por medio del caleidoscopio y no gusta de trabajos, que, como estas Revistas, no significan más que tentativas de introducir orden y si-metría en un caos de colores que tienen en la confu-sión su encanto y en lo heteróclito su armonía.

Mas eso no es cuenta mía, como me han dicho con insistente amabilidad los editores y directores de esta publicación; se trata de que habiendo quedado tem-poralmente desamparada esta sección antes á cargo de una persona notablemente experta y bien informa-da, yo según ellos, puedo desempeñarla. Dudo que lo sea á gusto de mis lectores... y al mío.

* *

Todo cuanto se refiere á las diferentes faces que va presentando la transformación de la democracia ame-ricana, inmenso *trust* organizado para las batallas in-ternacionales del comercio y la industria, en un im-perio conquistador y colonizador, tiene para nosotros los mexicanos gravísima importancia. No hay para qué explicar esto ¿no es verdad?

La conquista de la isla de Luzón, la principal del archipiélago filipino, prosigue su marcha; sólo allí hay resistencia; á Mindanao no ha llegado sensiblemente la influencia de Aguinaldo, las Visayas están sofoca-das. Un triunfo de los patriotas tagalos en Luzón reencendería la guerra en todo el archipiélago; pero esto es muy improbable; y dada la facilidad con que la flota puede acudir á cualquier punto de peligro y la agonía de la resistencia en la gran isla, puede consi-derarse como imposible. La superioridad del arma-mento, la fría bravura del soldado americano, que ha traído á tierra las opiniones de cuantos desde lo alto de las pirámides guerreras de la vieja Europa, lo juz-gaban esencialmente inepto para la guerra, será parte á que la empresa americana se lleve á feliz re-mate en breve término.

Si así no fuere, si el innegable heroísmo de los isle-ños impidiese á los batallones de Otis pacificar, antes de Mayo y Junio la tierra vendida por España, en-tonces el asunto tomaría otro aspecto; la lucha se pro-longaría indefinidamente, la sorda hostilidad de los alemanes á la ocupación militar de las Filipinas, en-contrarían coyunturas favorables, apuntaría la de los japoneses que llegará á su hora indefectiblemente, y aunque á todo ello puede sobreponerse la energía yan-kee, podría traer como resultado inmediato la no-ree-lección de MacKinley el año entrante.

El Presidente ha asumido valiente ó temeraria-mente quizás una tremenda responsabilidad ante la historia; la indecible é inesperada debilidad, más mo-ral que física, de España, puso todos los triunfos en su baraja y ganó. Es un gran jugador: ya su famosa tarifa, antecesora de la de Mr. Dingley, le había cap-tado las simpatías de los grandes industriales y mo-nopolizadores; la *plataforma* de su elección había sido también un golpe maestro, porque desorganizó á los demócratas, sus adversarios naturales, en el terreno de la libre acuñación de la plata, terror de la gran mayoría de los ricos y ricachos de la Unión. Mr. Mac-Kinley es lo que llaman los jugadores franceses un *veinard*. Pero si el *business* filipino, resulta demasia-do lento, si *no paga* pronto, la *plataforma* imperialis-ta, que será la de MacKinley y los republicanos en la próxima elección, corre riesgo de no tener buen éxito y la elocuencia torrencial de Mr. Bryan puede barrer con ella. Sin embargo, el actual presidente es un *veinard*, ya lo dijimos; tiene una estrella y cree en ella; mucha fuerza es esta.

* *

Todos los amigos de España, somos de ellos ahora en la desgracia más que nunca, ahora que está con-denada á muerte por sentencia de algunos profesores muy duchos en esto del destino de las razas, que sen-tenciándola nos sentencian por idéntico considerando á nosotros, todos los amigos de España, vemos con profunda pena la lentitud morbosa con que se proce-de en liquidar una situación que, ya se ha dicho has-ta la saciedad, no fué obra de un partido, ni de estos ó aquellos estadistas. Cierto, unos la reagvaron, co-mo los conservadores: 1.º Por incapacidad de transi-gir con las ideas separatistas de los cubanos; pero los que hoy los censuran (y son legión) eran los primeros en anatematizar á cuantos propenían esta solución, dígalos el anciano integérrimo Pi y Margall. Puede decirse que en este punto, todos los españoles son culpables; 2.º Por haber dado á la represión un ca-rácter inhumano. Ahora que se está inventariando, díganoslo así, todo esto, y haciendo á un lado las exa-geraciones interesadas de los *jingoos* y las espantosas necesidades de una guerra que urgía acabar pronto y

á todo trance, queda un sobrante de crueldad inútil, por desgracia. ¡Y qué sobrante!

Ese es el cargo á los conservadores. El de imprevisión queda, principalmente, sobre los hombros de los gobiernos liberales, que no creyeron en la guerra, que no supieron apercibirse á ella, que no supieron evitarla, que entraron á ella vencidos, que parecían espantados con la idea de obtener cualquiera victoria parcial que pudiera prolongarla; pues bien, ya está, todo esto concluyó, porque todos y nadie tienen la culpa, porque la culpa está en la historia de España, porque, con su población y sus costumbres de guerra y aventura, España no podía tener ni siquiera un pequeño imperio colonial sin agotarse, y, el imperio más grande de la historia tenía que devorar á quien lo había creado. Bien pues, sáquense de esa historia cuantas lecciones contenga, piénsese en ellas; hagamos todos con ellas una base para serias y dolorosas meditaciones. Pero ahora, á vivir activa, económica y laboriosamente. España aun puede recobrar por el trabajo la fuerza perdida.

Entre el día en que el ilustre Cánovas del Castillo dijo *urbi et orbi* en la tribuna de las Cortes: «Antes que España prescindiera de un solo palmo de tierra en Cuba, habrá sacrificado su último soldado y gastado su última peseta.» y el día en que se firmó el tratado de París, transcurrió el epílogo del período quijotesco de la historia de España: el período de Sancho adviene ya. Algo de D. Quijote hay que conservar siempre, es claro, y los pueblos son lo que son; pero debe preponderar Sancho. Sancho, después de la jornada de trabajo, rodeado de una prole sana y satisfecha, puede, debe levantar los ojos hacia lo ideal, el lucero de la tarde de los pueblos de gran historia.

Y da grima ver que hombres de inteligencia superior, que han ocupado la cima de la gloria literaria de España en nuestro siglo, me refiero á Don Emilio Castelar, contribuyan á aplazar el advenimiento de esta obra de concordia y restauración, con censuras exageradas, que desconciertan toda buena voluntad, como la que hizo hace poco del señor Silvela y su política.

El señor Silvela no es un hombre de genio, tal vez no los requiera España ahora: modestos, trabajadores, muy inteligentes, muy sinceros, estos son los hombres que necesita. Graves errores ha cometido desde el punto de vista español; ni mayores que su antiguo jefe el señor Cánovas, cuyo prestigio debilitó inconsideradamente, ni menores que los de sus adversarios los Sagasta y los Romero Robledo, unidos hoy. Pero es un hombre muy distinguido, muy sesudo, moderado por temperamento, tenido en alta estima en la Europa política. En verdad no se le juzga capaz de sobreponerse á la situación, pero se desearía que pudiera hacerlo. Si alguno parece estar llamado á volver á normalizar la sucesión en el gobierno de los partidos, característica del régimen parlamentario, es él.

Una cosa es muy interesante en su programa; cierta tendencia, si nó al federalismo, que sería una locura, sí á una descentralización muy seria, que desde aquí, parece buena y necesaria. Su alianza con el general Polavieja que es el *pendant* de la de Sagasta y Weyler; su deseo de poner de su parte la cordial cooperación del Papa, tan natural en el ministro de una monarquía católica, amenazada por un pretendiente ultramontano, todo esto, será más ó menos acertado, pero se explica, se comprende y vale la pena de esperar en la prueba, en la obra; dejadlo por Dios, poner la mano en la pasta.

Y furibundamente, nuestro venerado Castelar, le lanza al rostro los epítetos de reactor, de encubridor de *Boulangers* españoles, de esclavizador del Estado á la Iglesia, etc., etc. Son hipérboles, son injusticias estas; ¡oh! maestro, querido y admirado maestro, el tintero en que mojáis vuestra pluma tiene en el fondo el lodo que os arrojaron á la cara vuestros adversarios: reactor, papista, cesarista, todo, todo, todo, lo mismo, lo mismo, vos pudisteis contestar, y os aplaude la historia: energúmenos, insultadme, ese día salvé la patria.

* *

El jefe actual del gabinete francés y un diputado, Maurice Binder, apostaron días pasados sobre la época en que terminaría el asunto Dreyfus, *l'affaire*, como dicen hoy los franceses. M. Dupuy sostuvo que una vez sometido el expediente á las dos salas reunidas de la Corte Suprema, ó de Casación, quedaría en breve sentenciado y todo concluiría antes de la mitad de Marzo. Los jefes de un ministerio no deben apostar sino cuando están seguros de ganar. El ministro francés perdió. El procurador general afirma que antes del 15 de Abril le será difícil presentar sus conclusiones.

Terminará con la decisión de la Corte el *affaire*. ¿No puede dejarlo abierto esa misma decisión si, por ejemplo, asegurase que Dreyfus había sido condenado sin pruebas suficientes, lo que probablemente dirá? Yo creo que no; el negocio está ya próximo á terminar en el cansancio de la opinión. Después habrá todavía una agitación facticia si el reo queda exculpado; pero esto no puede prolongarse más allá de la época en que los vértices de los palacios de la Exposición se destaquen en el cielo gris del otoño parisien-

se. La punta de la espada de Floquet y luego la Torre Eiffel desinflaron el globo de Boulanger que las multitudes francesas habían cargado con el gas ligerísimo de sus ilusiones de gloria y sus esperanzas de desquite. Pues ahora sucederá lo mismo; el sol de luz eléctrica (lo mismo es probablemente el otro, el de todos los días) de la Exposición de 1900, apagará á los Rochefort, los Drummond y á ese simpático é insensato Joaquín Villalobos de Paul Deroulede.

La República es un poco histérica, diremos, para disminuir el alcance del vocablo. Está sujeta á crisis periódicas, ninguna es mortal, aunque todas sean constitucionales. El pueblo francés necesita esto quizás para restablecer su equilibrio; es un pueblo sentenciado á la paz, siendo como es, guerrero; sentenciado á sostener, á cuidar, á *chiquear*, como decimos los mexicanos, un ejército, siendo como es una democracia, y de esta especie de antinomia de su situación, resulta no sé qué de paradójal, de facticio que produce excitación y tensión nerviosa y que acaba en convulsiones periódicas.

Este asunto Dreyfus no puede sorprender á quienes conozcan la historia de estos latinos.

En él hay dos grandes y dos nobles pasiones en juego: la pasión de la justicia, sin la cual Francia dejaría de ser un país civilizado; la pasión del honor, sin la cual Francia perdería su personalidad histórica.

Lo horrible sería que estas dos grandes pasiones no pudieran fundirse en un mismo crisol: el amor á la patria.

* * *

El Papa se muere, el Papa se muere, nos grita el telégrafo todos los días; uno de estos, no tarda, nos despertará con la frase suprema: el Papa ha muerto. Y la cristiandad dejará de rezar por el Papa y empezará á rezar al Papa.

¿Quién será el sucesor: el cardenal Oreglia ó el cardenal Goti, el austero carmelita, que, según dicen, es el candidato del Quirinal? ¿O monseñor Svampa, que tiene en su favor la profecía de Malaquías? No hay que burlarse de ella; muchos cardenales y muchos católicos, pero muchos, creen en la profecía de Malaquías. Muchos la creen hecha en los siglos medios; la verdad es que antes del siglo XVI, nadie la conocía; pero lo curiosísimo del caso consiste en que esta profecía, que revela el número de papas que habrá hasta el fin del mundo (á principios del siglo entrante) los designa por nombres simbólicos y estos nombres, del siglo XVI acá, han coincidido casi siempre con las divisas de los Papas. León XIII, tiene por divisa en el blasón de su casa *luz del cielo* y ese es el anuncio del profeta. Luego vendrá *fuego ardiente* y esta es la divisa del cardenal Svampa; sería curioso, lo repetimos.

Pero más curioso sería que el futuro Papa no fuese italiano y que resultara electo el cardenal Gibbons. ¡Ah! en éste sí hallaría la iglesia un continuador convencido de la gran política de León XIII; éste sí sería el Papa de la reconciliación definitiva con la democracia y con la libertad. Le doy mi voto; lástima que no sea cardenal todavía.

Justo Sierra

COMO SE ELIJE UN PRESIDENTE EN FRANCIA.

El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

No bien exhala el último suspiro un Presidente surge el problema de la sucesión, y como en las repúblicas no hay delfines listos para asumir el cargo supremo, todas las ambiciones se ponen en movimiento. Los ciudadanos son iguales ante la ley; los representantes del pueblo son iguales ante la púrpura elisía. Todos pueden aspirar á ella legítimamente. Para pintar ese desencadenamiento de pasiones, sería necesario ser Tácito ó... Jorge Courteline.

PRIMEROS RUMORES.—A las once de la noche se consumó el trance fatal. Lo saben los ministros y por lo mismo no lo ignoran los personajes que giran en torno de ellos,—amigos íntimos, secretarios, etc. Y se formula la pregunta: ¿Quién será el afortunado que reciba los votos del Congreso? Al día siguiente desde el alba se organizan los conciliábulos, se forman largas filas de carrozas frente á la casa de los senadores y diputados influyentes. Entran y salen por esas puertas graves personajes con la fisonomía contraída por una misma preocupación; son los «clientes» de los candidatos. Porque ha de saberse que cada candidato tiene sus clientes y que éstos siguen su buena ó mala fortuna. Por poco que prestéis atención á lo que pasa, os será fácil oír en todas las casas, conversaciones por el estilo de la que reproducimos.

—Mi querido maestro, Francia reclama vuestros servicios.

Y el querido maestro se defiende con maravillosa hipocresía y aparenta rechazar esas halagadoras in-

sinuaciones. En el fondo de su alma desea ardientemente que se realicen las profecías de sus clientes, pero sabe ocultar y ocultar sus íntimos pensamientos.

—No, os lo aseguro... Que otros más dignos y merecedores que yo, tomen á su cargo la representación del partido republicano.

Tanta modestia excita la vehemencia de las protestas. Primero se le exhortaba; mas ya que resiste se le obliga imperiosamente:

—Tenéis un deber sagrado que cumplir.

El candidato suspira tristemente y dice:

—La presidencia es un fardo pesadísimo, sobre todo en estos momentos. En fin, si el país me necesita...

Ya no se pregunta más. Anúnciase desde luego en todos los círculos políticos que M. X... (ó Y. ó Z...) se *deja sostener*. Los periódicos acojen y propagan esos rumores pero es necesario darles consistencia. Los grupos parlamentarios se ponen de acuerdo, ó para hablar con más propiedad, los jefes de esos grupos: formulan un programa amplio, general, á fin de que las opiniones más diversas se unan, descartando cuanto pueda provocar conflictos entre ellas. Es inimaginable el número de mentiras que se dicen y de promesas que se hacen para no cumplirse después. A veces no se llega á un acuerdo y al abrirse la votación, los que no pudieron ligar sus ambiciones son enemigos encarnizados. Muy raro es que haya armonía completa, pero entonces la disciplina sucede al desorden. Loubet tuvo la ventaja de esta excepcional unidad de propósitos y ambiciones.

EN EL CAFE.—Es el gran día... Suenan las once de la mañana... El restaurant no puede contener más gente de la que hay en las mesas y entre las mesas. En ese terreno neutro los enemigos fraternizan, ó cuando menos se codean sin morderse. El azar pone á veces muy cerca, en mesas contiguas, á Drumont y á Clemenceau, á Rochefort y á Jaurés, á Baudry d'Asson y á Camille Pelletan, á Paul de Cassagnac y á Ives Guyot. Míranse unos á otros con ojos de perros de porcelana, ó esquivan las miradas, ó se dirigen frases intencionadas, precursoras de la próxima tempestad. La atmósfera está cargada de electricidad; el vapor alcohólico, la excitación producida por las conversaciones, la impaciencia, la inquietud de las combinaciones y de los cálculos personales, son elementos que se amalgaman y constituyen el aire que se respira en el Congreso.

Una agitación febril sacude la ciudad triste, muerta, la ciudad dormida, ese Versalles sobre cuyos edificios flota la sombra orgullosa del Rey-Sol.

DESPUES DE LA VOTACION.—Ya está elegido, se le felicita. Las frases de enhorabuena son idénticas á las que oyeron sus predecesores; las recibe del mismo modo y corresponde á ellas con palabras iguales á las que ellos emplearon. Su satisfacción es inmensa, por más que la enturbie un poco de inquietud... Piebeyo obscuro, antiguo abogado de provincia, alcalde de su ciudad ó de su aldea, he ahí que súbitamente se ve hecho así como rey, primo de los emperadores, y el personaje más alto en una nación de treinta y ocho millones. Y piensa en los que han quedado atrás, en sus paisanos, en sus parientes, en sus electores, se imagina la sorpresa con que recibirán la feliz noticia. Por más que se empeñe en permanecer tranquilo, una onda de júbilo vanidoso infla su pecho. Sonríe, estrecha las manos que por todos lados se le tienden. Está bajo la impresión de una especie de borrachera y siente vértigos. A duras penas liga las frases que traía preparadas para contestar la enhorabuena del Presidente del Consejo, y cuyos términos deben pesarse con cuidado, porque la prensa los comentará mañana. Desde ese momento el Presidente ya no se pertenece. Sus actos, sus palabras, sus gestos, son «históricos.» Pero la responsabilidad que pesa sobre él no le desagrada: aviva el sentimiento de su importancia personal...

EN LA CALLE.—Al volver de Versalles dí de manos á boca con un anciano que parecía sumido en honda aflicción. Inmediatamente reconoció en su persona la del honorable M. Decroix, presidente de la «Sociedad contra el abuso del Tabaco.» Después de saludarnos, me dijo: Habría sido mejor que eligieran á M. Meline.

Al punto comprendí el sentido de su frase. M. Decroix tiene un espéctro de todos los hombres célebres, á quienes divide en dos grupos, los que fuman y los que no fuman, esto es, los que merecen su veneración y los que sólo tienen su desprecio. M. Loubet pertenece á la segunda categoría; no sólo hace uso del tabaco sino que siente por la pipa una culpable predilección. M. Meline, por lo contrario, no quiere ni oír hablar de pipas y cigarros.

M. Decroix tenía el proyecto de escribir para la Exposición una memoria ó un poema laudatorio en honor del Presidente. Sus esperanzas salieron fallidas... Hasta hoy—salvo el período de Faure,—la Providencia lo había favorecido siempre, pues el tabaco no era muy bien aceptado en el recinto del Elíseo. Thiers lo detestaba. Cuéntase que cuando formó su estado mayor, pidió que se le enviase un oficial de órdenes inteligente y laborioso, pero sobre todo, *que no tuviera el vicio de fumar*. Eligió al capitán

Cance, de la Guardia de París... Ese guerrero, fiel observante de su consigna, estableció un cordón sanitario en torno del Elíseo. Tan lejos llevaba su celo, que inspiró á M. Thiers ukases ridículamente feroces. El Presidente prohibió que los soldados fumasen en su puesto de guardia durante los momentos de descanso. Hubo una verdadera insurrección contra esa orden y poco á poco aparecieron las prosritas chimeneas.

Cuando el Mariscal Mac Mahon sucedió á M. Thiers, M. Decroix tembló de miedo. Un mariscal de Francia debía fumar como una locomotiva! Efectivamente,

Mac Mahon *culoteó* innumerables pipas durante sus campañas; pero su salud se quebrantó, tenía insomnios y perdió el apetito y la memoria. Su amigo el Doctor Broca le hizo jurar solemnemente que renunciaría á la peligrosa embriaguez de la nicotina. El mariscal cumplió su juramento como cumplió el que había hecho de no permitir que se inmorala la República.

Grevy, Carnot y Casimiro Perier siguieron esas tradiciones moderadas. Los cinco primeros presidentes profesaron las doctrinas de la liga; pero el sexto las violó y el séptimo persevera también en el error...

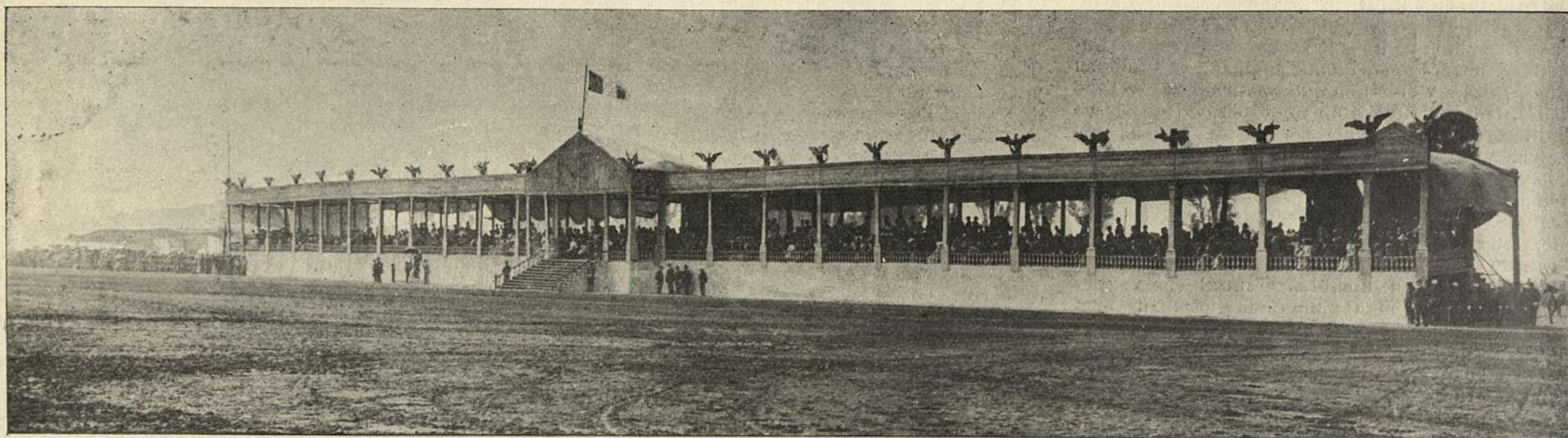
Imagináis la melancolía de M. Decroix?

Por mi parte creo que este excelente filántropo es más severo de lo que debiera; á pesar de cuanto él diga, el cigarro es un benefactor de la humanidad: es el complemento de los banquetes fraternales, favorece la conversación, crea y mantiene la ilusión y hace olvidar las miserias de la vida. Es un gran consolador.

Y los Presidentes tienen á veces tanta necesidad de consuelos...

A. BRISSON.

EN EL CAMPO DE SAN LAZARO.—La gran Revista Militar del 4 de Abril.



ASPECTO GENERAL DE LAS TRIBUNAS.

□ La capital y la República entera han podido apreciar los notabilísimos adelantos de nuestro ejército, promovidos con feliz acierto y grande constancia por la Administración actual.

□ El ramo de Guerra ha creado una organización militar por todo extremo admirable, no sólo comparada con lo que eran años atrás nuestras fuerzas colectivas, sino aún con lo que son actualmente los ejércitos de los países más adelantados.

Y era necesario que así fuese, exigiendo como exige la lógica de un buen gobierno, paralelismo en el avance y perfeccionamiento de todos los servicios públicos.

□ Además de la construcción de cuarteles, establecimiento de maquinarias poderosas en las industrias militares y dotación de armamento perfeccionado, en la parte moral y en su disciplina é instrucción, el ejército mexicano aduna hoy á las cualidades tradicionales, características de nuestros soldados, esa poderosísima fuerza constituida por el orden y la coordinación.

El llano de San Lázaro, en donde se efectúan desde hace varios años los ejercicios de tiro al blanco, se ha convertido en un campo de maniobras perfectamente adecuado á su objeto, y á ese fin obedecieron los trabajos de remoción del terreno llevados á cabo por el Batallón de Zapadores.

* *

Con la debida oportunidad se hicieron los grandes preparativos necesarios para el buen éxito de la revista, ordenando la Secretaría de Guerra que los cuerpos de todas las armas concurrieran á recibir instrucción según el plan formado por el Señor General Berriozábal.

El 26 del mes próximo pasado el Sr. Secretario de la Guerra pasó una revista general de los cuerpos que forman la guarnición de la Plaza, á fin de ver el resultado de los preparativos, y como fué enteramente satisfactorio, desde luego pudo preverse el que se obtendría en la gran revista.

El día 4 desde las seis y media estaban ya los cuer-

pos de la guarnición en el campo de San Lázaro. Formaban la primera línea de infantería el Colegio Militar, el Batallón de Zapadores, el 3.º el 13 y el 14; la segunda línea de la propia arma, se componía de los Batallones 27, 24, 21 y 16. Los mandaba el Sr. General de Brigada D. Jesús Alonso Flores, siendo el jefe de su Estado Mayor el Teniente Coronel de Caballería E. Marcos Gómez.

La Artillería formaba extensa línea á retaguardia de la Infantería, constando de cuatro batallones y el siguiente material; dos baterías de ametralladoras sistema Colt y dos de cañones de montaña Bange de ochenta milímetros, el 1.º; el 2.º cuatro baterías de montaña, Bange y Mondragón; el 3.º una batería de montaña, Mondragón y tres Bange de batalla, y el 4.º tres baterías de batalla y una ligera Bange. El Jefe de la Artillería era el General Coronel Jesús S. Jiménez y el del Estado Mayor el Teniente Coronel Felipe G. Moreno.

La caballería estaba bajo el mando del Sr. General de Brigada D. Manuel F. Loera, de cuyo Estado Mayor era Jefe el Coronel Rodrigo Valdés. Formaban esa línea los Regimientos 1.º, 2.º, 7.º, 10.º y 14.º, el 1er. Cuadro y el Cuerpo de Gendarmes del Ejército.

En doble línea de más de un kilómetro formaban los trenes de Artillería, de Ingenieros y los transportes militares, más el Servicio Sanitario y las acémilas de todos los cuerpos. Mandó la impedimenta el Coronel Félix B. Estrada.

El Cuerpo de Ejército constituido como queda dicho y cuyo efectivo era de más de 10,000 hombres, situado en orden admirable, desplegaba sus extensas líneas en el campo, cuando llegó el señor Secretario de la Guerra, á las siete de la mañana, seguido de su escolta y estado mayor del que era jefe el General Coronel Don José M. Pérez. Después de recorrer varias veces el campo se instaló en la tienda de campaña destinada á Cuartel General.

Se dió entonces la orden de formar campamento y dispuestas las armas en pabellón, entraron los soldados á las tiendas para tomar un pequeño descanso.



TIENDA DEL CUARTEL GENERAL.

El Sr. Secretario de la Guerra, General en Jefe del Cuerpo de Ejército, el Sr. Gobernador del Distrito, el Sr. Inspector General de Policía, el Sr. General José M. Pérez y los Oficiales del Estado Mayor, esperaban la llegada del Sr. Presidente.

EN EL CAMPO DE SAN LAZARO — La gran Revista Militar del 4 de Abril



LAS TROPAS VIVAQUEANDO.

**

A las ocho y media de la mañana salió el señor Presidente de su casa habitación de la calle de Cadena. Montaba soberbia yegua inglesa y vestía uniforme de gran gala; llevaba al pecho algunas de sus condecoraciones, entre las que se distinguía la elegantísima y brillante del 2 de Abril. Seguían al Sr. General Díaz el Jefe de su Estado Mayor que lo era ese día el General de Brigada D. Fran-

das. El Señor Presidente cruzó el campo á galope, después de revisar las líneas, y visitó el puesto de socorro formado de tres tiendas; la más grande con doce camas y las laterales y pequeñas con botiquín, mesa de operaciones, etc.

Después de una nueva visita á la tienda del Cuartel General, dirigióse á la tribuna de honor en donde se adelantaron á saludarle los Señores Secretarios de Relaciones y Hacienda, mientras el público aplaudía. Eran tres las tribunas: en la de honor estaban, además de los Señores Ministros mencionados ya, el

Sr. Lic. D. Joaquín Baranda, Ministro de Justicia; Ingeniero D. Manuel Fernández Leal, Ministro de Fomento; Mr. Henry Nevil Dering, Ministro de Inglaterra; Yoshibumi Murota, Ministro del Japón; el Barón von Ketteller, Ministro de Alemania; el Barón de Waeber, Ministro de Rusia; M. Alfredo Kern, Cónsul General de Suiza, Mr. Fenton Mc Creary, Secretario de la Embajada de los Estados Unidos; Sr. Manuel Carrere y Lambaye, Secretario de la Legación de España; los señores Sub-secretarios Lic. José M^a Gamboa, de Relaciones, Lic. García Peña, de Justicia y Santiago Méndez de Comunicaciones; el Señor Gobernador del Distrito Lic. Rafael Rebollar, el Sr. General de División D. Ma-



VISTA PANORAMICA DEL CAMPO.

cisco Vélez y los Generales de Brigada D. Francisco Ramírez, D. Francisco O. Arce, D. Gregorio Ruiz, D. Sebastián Villarreal, D. Eufanio Cacho y D. Alberto Escobar, los Generales Coroneles D. Pedro Rincón Gallardo y D. Ignacio Salas, los oficiales de Estado Mayor Capitanes D. Pablo Escandón y D. Porfirio Díaz, los Tenientes D. Agustín del Río, D. Armando Santacruz y D. José Montesinos y el attaché militar de los Estados Unidos, Teniente Powell Clayton. Detrás de este brillante Estado Mayor iba una escolta enviada por el segundo regimiento.

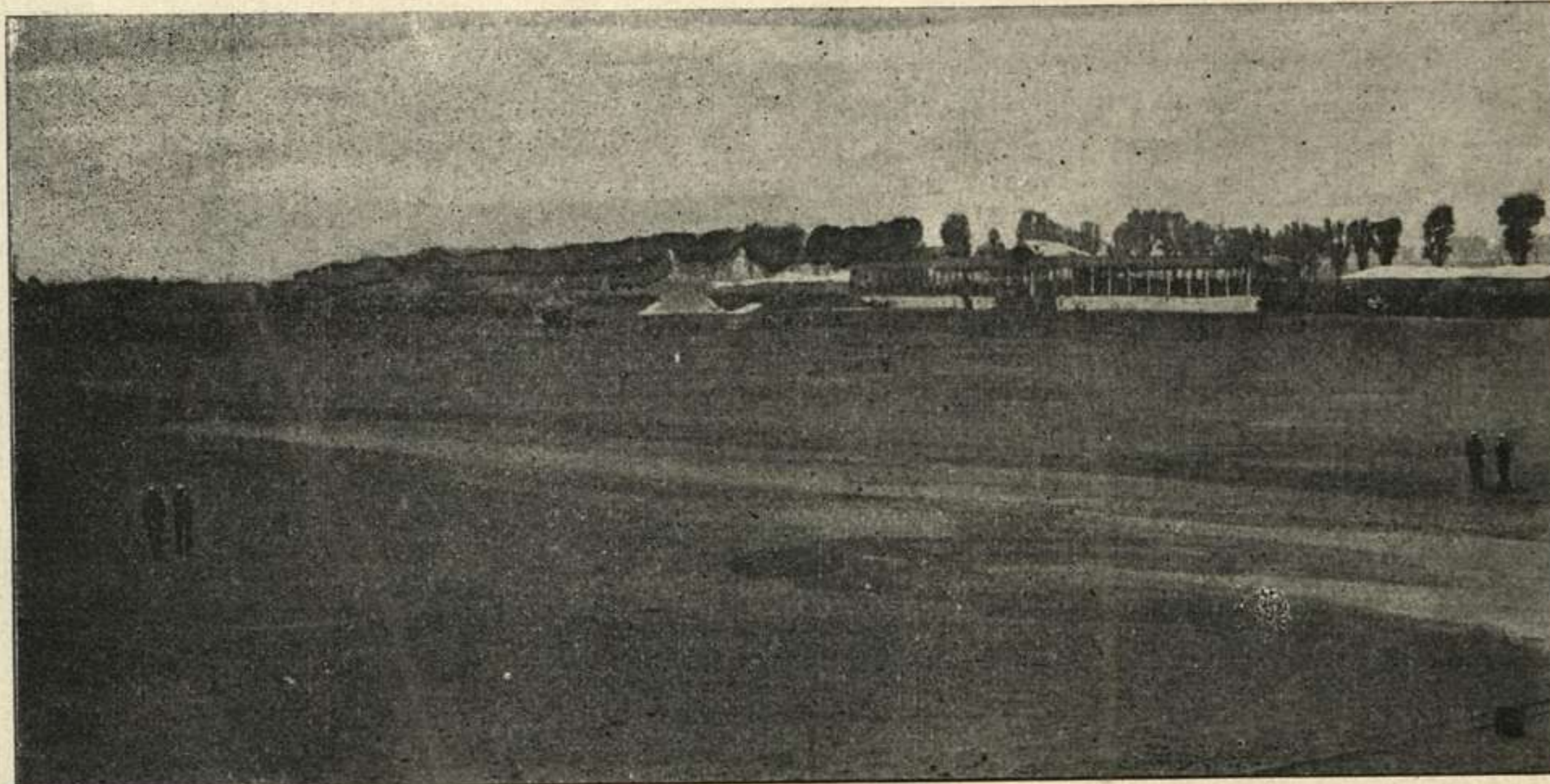
Un soldado de caballería llevaba un hermoso alazán de repuesto para el Sr. General Díaz.

Las calles por donde cruzó el primer Magistrado estaban henchidas de gentes de todas las clases sociales que lo esperaban para aclamarlo, como lo hicieron entusiásticamente cuando pasó.

**

A las nueve de la mañana estaban llenas de espectadores las tribunas de distinción y el terreno libre abierto al público. Cuando sonó el toque de atención que anunciaba al Sr. Presidente, damas y caballeros pusieron en pié y saludaron al Señor General Díaz con unánimes y estruendosos aplausos, mientras una batería hacía salva de honor.

Recibido por el Sr. Secretario de Guerra, se dirigió con él á la tienda del Cuartel General y una vez allí, al toque de Generala los soldados desmontaron las tiendas y tomando sus armas volvieron á formar en columnas desplegadas, lo que se hizo con toda la precisión y prontitud que puede lograrse en el ejército más bien organizado. Las bandas tocaron marcha de honor, y el Sr. Presidente empezó á pasar la revista, acompañado del Sr. General en Jefe que iba medio cuerpo de caballo atrás, seguido del Cuartel Maestre y de su Estado Mayor. Los soldados presentaban armas y los jefes y oficiales inclinaban sus espa-



OTRA VISTA PANORAMICA.

riano Escobedo y otros distinguidos caballeros, diputados, militares y empleados de categoría.

Muchos y de los más distinguidos eran los concurrentes de las tribunas, pasando su número de mil quinientos. En la de honor presenciaron la revista las familias Limantour, Clayton, Ketteller, Waeber, Liceaga, Camacho, Rin-



PUESTO DE SOCORROS.

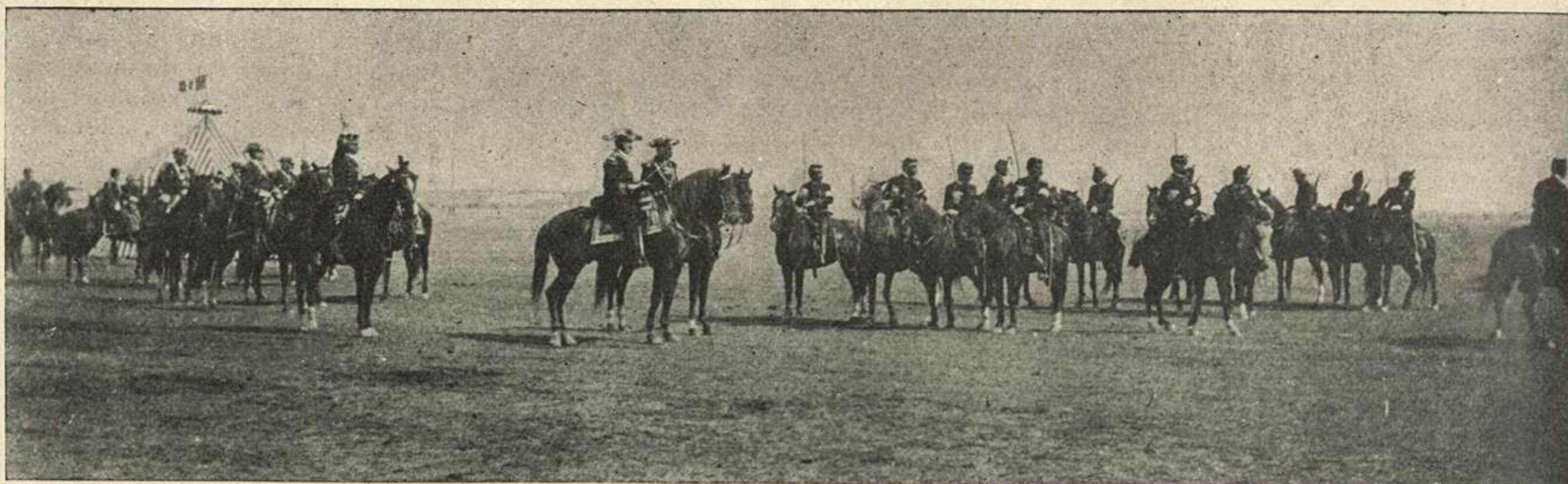
EN EL CAMPO DE SAN LAZARO.— La gran Revista Militar del 4 de Abril.



LLEGADA DEL SR. PRESIDENTE AL CUARTEL GENERAL.

cón Gallardo, Morán, Landa y Escandón, Buch, Pérez Figueroa, Diener, Gomez, Méndez, Escandón y García.

Después de presenciar el desfile del Cuerpo del Ejército, desfile que dió nuevos motivos para apreciar la perfecta organización de las columnas que marcharon frente á las tribunas, el Sr. Presidente montó á caballo y se retiró del campo, cerca de las doce del día, recibiendo nuevos testimonios del cariño popular en cada una de las calles que recorrió á su regreso.



COMIENZA LA REVISTA.

NAUFRAGIO DEL VELERO "YUCATAN."

Este buque que hacía un viaje de instrucción con doscientos alumnos de la Escuela Naval, naufragó el martes tres del corriente á las dos de la madrugada.

El «Yucatán» se fué á pique junto al pueblo de Lerma en la costa de Campeche. La causa del naufragio, según las noticias que circularon en la prensa, fué un choque contra unos bajos que hay en esos lugares.

El capitán del Buque, que lo era el Teniente Ma-

yor de la Armada Don Manuel Trujillo, los alumnos y tripulantes salvaron á nado la distancia que los separaba de la costa, llegando á tierra con toda felicidad.

Reconocido el «Yucatán» encontróse una vía en la mura de babor y que el buque esta tumbado sobre esa banda.

Aparte de que no hubo desgracias, parece que el

Con todo, tendrá que practicarse una averiguación para que se justifique plenamente la conducta del capitán y de los oficiales del «Yucatán.»

Es de esperarse que el resultado de las investigaciones judiciales, favorezca al Teniente Trujillo que ya tiene en su abono honrosos antecedentes como marino experto y valiente en los peligros.



DESFILE DE LOS CAÑONES MONDRAGON.

Fotografía del E. M. E.



DESFILE DE LOS NUEVOS TRENES.

Fotografía del E. M. E.

EN EL CAMPO DE SAN LAZARO.—La gran Revista Militar del 4 de Abril.



EL SEÑOR PRESIDENTE PRESENCIANDO EL DESFILE.

Fotografía del E. M. E.



EL VELERO «YUCATAN» DE LA ARMADA NACIONAL, VARADO EN LAS COSTAS DE CAMPECHE EL DIA 3 DEL CORRIENTE.

UN GRUPO SONORENSE.

C. Luken.

J. C. Camou.

Blanca Villaseñor. J. Paganini. A. Metá.

María Ruiz.

A. C. Calderón.



Manuela Escalante.

María Morán.
E. Ramírez.

Amalia Ramírez.

R. Ruiz.

Luz San Vicente.

Isabel Aguilar.

UN GRUPO SONORENSE.

Damas Mexicanas.

Publicamos un hermoso grabado hecho según fotografía que de Hermosillo, importante población de Sonora, nos fué remitida y que muestra un grupo de caballeros y señoritas vestidos de fantasía, los cuales tomaron parte en un gran baile de trajes, organizado en el Carnaval.

En ese grupo figuran señoritas tan hermosas como María Ruiz, en quien todos reconocen un talento y una gracia exquisitos, Luz San Vicente y Amalia Ramírez, las tres gala y ornato de aquel Estado lejano, donde es fama que nacen y emblesan las mujeres más bellas, que suelen ser además espirituales y elegantes como pocas.

Hermosillo es una de las ciudades del país donde con mas acierto y entusiasmo se festejó el Carnaval.

LOS YANKIS Y LA SERPIENTE.

Si al Creador se le ocurriera dar vuelta hacia atrás al manubrio y deshacer el universo para construirlo de nuevo, tornaría á suceder idéntica cosa de lo que sucedió con este primer ejemplar que tenemos. Colocado el hombre en el Paraíso, bien comido, aunque mal vestido, satisfecho en todos sus gustos y caprichos, con árboles que á la boca le llevasen sus frutos, con ríos de leche que le brindasen alimento y frescura, con pajaritos que se le subiesen al hombro á cantarle sinfonías celestiales, volvería á escuchar la voz de su compañera que le diría: . . . «¡Qué sabroso huele esa manzana. Comámosla, hombre, que si se ha de perder, más vale que haga daño.» Y se la engulliría, como hay Dios, porque el diablo es persona que sabe hacer las cosas.

Ejemplo al canto. La mujer norteamericana ha llegado á la cima de las humanas aspiraciones. Debido á los progresos democráticos, es reina. Pero así y todo, no está satisfecha, porque las reinas de la democracia no ciñen corona; ¡y la



SRITA. DEIFILIA PONCE DE LEON.
De Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

corona es un adorno tan bonito! Si el pelo es rubio, parece junto con la joya toda una obra de oro; y si es negro el pelo, ¡qué contraste tan peregrino! El sol sobre la noche.

El diablo se acerca á la mujer norteamericana, y le dice:—«Qué bien te vendría, yanquesita preciosa, una coronita de esas que ya no se van necesitando en Europa, y podrías conseguir por nada, con sólo decir esta boca es mía»

La niña lanza un suspiro; y como si estuviese al paño, ó sea detrás del bastidor, á modo de personaje de comedia, se aparece un duque, un conde ó un marqués de esos tronados que ahora se usan, y cae á los piés de las Miss, con corona y todo. Esto es mucho menos dramático, pero más sano que echarse al camino real con aquello de «¡la bolsa ó la vida!»

La rica yanki deja caer el portamoneda repleto de billetes de banco, recógelo el príncipe, y entrega la diadema.

La luna de miel se pasa siempre en Europa; en los Estados del duque ó lo que sea; Estados que sólo en el mapa están, estando vendidos; y si por acaso estuviesen los tales Estados, no será sino en deplorable estado.

Al cabo de poco tiempo un suelto en el *Herald*: «Ayer llegó de Europa la marquesa de Tutti Frutti, *nee* Miss Eva Fancy. La Alteza su esposa, después de haberle derrochado los seis millones que el laborioso Mr. Fancy había *amasado* en la noble profesión de Salador de tocinos, y los cuales dió en dote á su hija, viéndose acribillado de deudas, quiso el marqués ahorcar á la marquesita para que le firmase un cheque de cien mil libras contra su padre. La señora marquesa se asiló en la Legación americana en Roma, y está de vuelta en Nueva York, arrepentida de haberse dejado tentar por la serpiente y resuelta á seguir siendo hija de rico tocineiro y no princesa apaleada.»

N. BOLET PERAZA.

EL ABEJORRO DE ORO

[DE BAUMBACH].

La casa en que comienza nuestra historia tenía un aspecto pobre y modesto. En aquellas blancas paredes sólo se miraban un par de mapas: el uno representaba el país en general, mientras que el otro era del pequeño lugar de nuestro relato. También había dos angostas camas, un pupitre y un armario de ropa sobre el cual descansaba una esfera representando la tierra. El centro del cuarto estaba ocupado por una mesa rectangular, toda llena de manchones de tinta. A un lado y otro de ésta estaban sentados en bastas sillas de madera, dos adolescentes. El uno era rubio y traducía un pasaje difícil de *Cornelio Nepote*, que lo hacía suspirar hojeando el pesado diccionario; el otro era moreno y tenía puesta toda su atención en sacar la raíz cúbica de una larga cantidad.

El filólogo se llamaba Hans; el que estudiaba matemáticas Heins. De tiempo en tiempo alzaban ambos niños la cabeza y miraban hacia la abierta ventana, por la cual las zumbadoras moscas estraban y salían. Allí fuera, en el jardín, los dorados rayos del sol jugaban entre árboles y malezas, y como para burlarse de ellos, una rama de árbol, toda llena de florecitas, venía á asomarse por la abierta ventana al cuarto donde estudiaban los dos discípulos. Todavía tenían los pobres que trabajar una hora larga, antes de poder gozar de libertad, y los minutos corrían tan lentos, como la babosa que se resbalaba allá en el jardín por un arbusto erizado de espinas. No había que pensar en tomarse una pequeña pausa durante las horas de clase, porque en el salón contiguo estaba sentado en su mesa de escribir el Doctor Schlangentzwei, á quien los pobrecillos estaban entregados para que los educara, y estando la puerta de comunicación abierta, podía muy bien el Doctor en cualquier momento cerciorarse de la ausencia de sus pupilos é inspeccionar también su conducta. «Aníbal tenía algo más que hacer que pasar los Alpes,» mascullaba entre dientes Hans. «Nueve veces ochenta y uno, son setecientos veintinueve» murmuraba en voz baja Heins. De pronto percibieron un zumbido. Un abejorro dorado se había introducido al cuarto. Por tres veces se bamboleó sobre la cabeza de los muchachos, hasta que vino á caer en el tintero.



—Precisamente le ha sucedido lo que se merece, dijo Heins, ¿porqué no se quedó donde estaba? Pero ahogarse en tinta debe ser una muerte muy negra,— y con la pluma se puso á ayudar al pobre coleóptero, que pataleaba entre la tinta, para que saliese; pero Hans estuvo más listo y lo sacó con los dedos. Mientras ellos se entretenían en secarlo, se arreglaba él las alas con las antenas.

—Tiene una coraza dorada y cuerno negro, decía Hans, limpiándose los dedos manchados de tinta. Sin duda es el rey de los abejorros dorados. Vive en un castillo cuyos muros están hechos de jazmines blancos en botón, y cuyo techo se compone de pétalos de rosa. Los grillos y los mosquitos son los músicos de su corte, mientras que las luciérnagas le sirven de pajes.

—Estás inventando; eres un fantaseador, dijo Heins.

—El que se encuentre con el rey de los abejorros dorados, prosiguió Heins, ese será siempre feliz. Pon atención, Heins: una aventura ó algo extraordinario nos tiene que suceder. Piensa, además, que hoy es primero de Mayo y en este día siempre suceden cosas maravillosas. Mira cómo parece que nos llama con el cuernecillo y extiende sus alitas como queriendo volar. Pronto lo verás transformarse ante nosotros en un silfo con su manto real y su corona de oro en la cabeza.

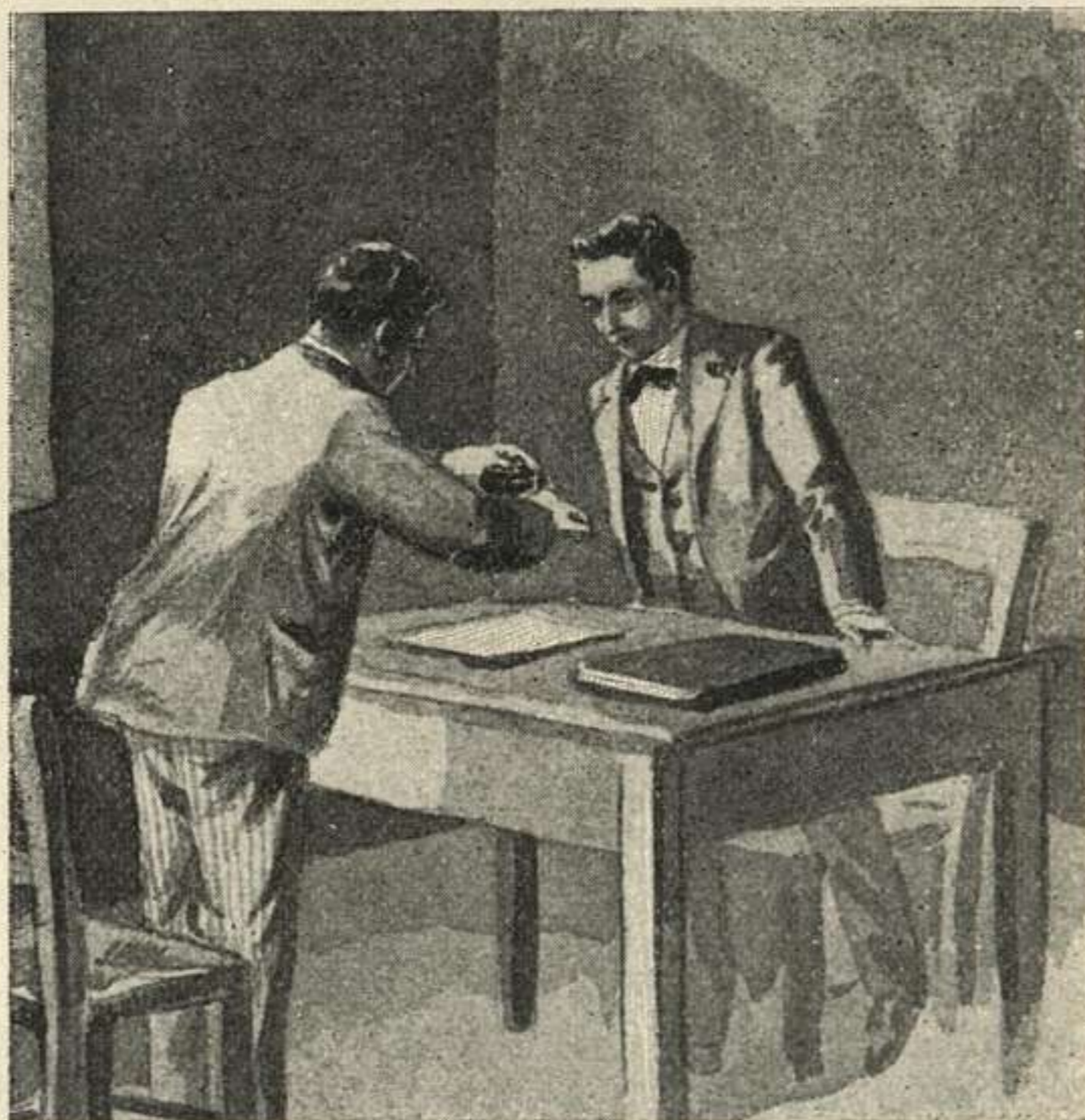
—Quiere volar,—dijo sonriendo Heins. Sus!... ya voló. Los muchachos corrieron á la ventana para ver el abejorro. Cortando en grandes círculos el aire, revoloteaba el inquieto insecto, hasta que al fin fué á perderse al otro lado del jardín. En este momento se oyó un ruido en el cuarto del maestro, y ambos discípulos corrieron á sus puestos.

—No te lo dije? murmuró Hans al oído de su compañero,—ahí tienes ya el milagro!—Del tintero salía un verde arbustito que creciendo poco á poco llegó hasta tocar el techo.

—Soñamos—dijo Heins, restregándose los ojos.

—No, decía regocijado Hans; es que asistimos á un prodigio, tomamos parte en una verdadera leyenda fantástica.

El arbusto crecía cada vez más. De cada rama brotaban, como por encanto, hojas y flores. El techo del cuarto desapareció, las paredes se desvanecieron y una



suave claridad crepuscular envolvió á los maravillados muchachos.

—Adelante!—gritó Hans, llevándose consigo á Heins, que se resistía á seguirlo. Ahora comienza nuestra aventura.

La maleza, llena de florecillas silvestres, se abría por sí misma para hacerles amplia vereda. Los rayos del sol, al quebrarse por entre el enrejado de hojas, dejaban caer sobre el musgo millares de puntos luminosos. Estrelladas florecillas de variados y vivos colores subían del musgo, y enredaderas verdes y grises se adherían como pintorescas serpientes á los viejos troncos de los árboles. En las ramas de estos aleteaban cantando pájaros de vistoso plumaje, mientras que los siervos y venados saltaban contentos por los matorrales. De pronto se iluminó el bosque con una claridad de color de fuego.

—Lo vez? ahora comienza el encanto, dijo Hans á su compañero.

Ante ellos se extendía la selva con sus praderas. En el centro se elevaba un árbol, uno solo, cuyas hojas eran de oro. Los niños casi no se movían: tal era su asombro. De pronto apareció ante ellos un gnomo tan pequeño como un infante de dos años, delgado, bien hecho y gracioso. Llevaba yelmo de oro y capa verde. Dió dos pasos adelante, y saludando á los jovencitos, les dijo:

La encantada princesa aguarda en su palacio de marfil y oro á su libertador. ¿Cuál de vosotros quiere serlo?

—Yo, respondió alegremente Hans. Al punto el gnomo le presentó un caballito, blanco como la leche y que tascaba freno de oro.

—No te montes—decía Heins con ansiedad; pero ya Hans estaba sobre la silla. El caballito relinchó é irguiendo la cabeza y agitando las flotantes crines, se internó en el bosque.

Aquel fué un agradable paseo á caballo. Hans se sentía tan seguro como si estuviese sentado en su banco de escuela. Pensó entonces que apenas haría una hora se encontraba atareado con la traducción de *Cornelio Nepote*, en presencia del doctor Schlangentzwei, en tanto que ahora se veía transformado en un caballero con capa, collar, espada y espuelas de oro, paseándose por un bosque encantado. De nuevo la selva se iluminó con suave claridad. Unos cuantos pasos más y caballero y caballo se detenían á las puertas de espléndido castillo. Las torres ostentaban banderolas de abigarrados colores. Bocinas y trompetas herían el aire en son de fiesta. Dentro, sentada en el trono, estaba una hermosísima princesa, ataviada con su blanco velo de novia. Hans creyó ver á su vecina Lottchen, con quien había compartido sus juegos varias veces al salir de la escuela. Pero la princesa era más grande y más linda. Saltó con presteza de la silla y subió presuroso la escalera de mármol. En la puerta del salón le esperaba un gran señor, probablemente el Mariscal de Corte de la princesa, pues á nuestro héroe se le imaginó conocerlo. Aquel personaje alargó la mano y tomando al caballero por una oreja, le dijo:

—¿Se ha dormido el haragán?—Toma...

Con esto se deshizo el encanto. Hans se encontró otra vez sentado junto á su mesa, en la cual estaban, como riéndose de su pereza, el *Cornelio Nepote* y el *Diccionario Latino*. Al otro lado de la mesa escribía Heins, tan de prisa, que hacía rechinar la pluma. A su lado estaba el Doctor Schlangentzwei, contemplando á través de sus espejuelos azules, al pobre soñador.

Al fin llegó la hora de la salida de la escuela, y mientras comían algunas golosinas, Hans relató su sueño á su compañero.

—Es maravilloso!—exclamó Heins, tan luego como aquel concluyó su narración.—¡Verdaderamente maravilloso!—Yo también he soñado lo mismo que tú soñaste, aunque con diferente conclusión. En mi sueño no aparece ningún castillo encantado.

—Cuéntamelo!—decía con insistencia Hans.

—Hasta el encuentro del árbol de oro, mi sueño es igual al tuyo. Todavía me parece verte montado en el caballito blanco como la leche, encaminándote á libertar á la encantada princesa. Mientras tanto yo.....

—¿Qué hiciste? preguntó curioso Hans.

—Yo me puse á golpear el árbol y me llenaba los bolsillos de oro. En esto me despertó el Doctor y se acabó toda mi riqueza.

—Heins, dijo Hans entusiasmado, tomando la mano de su amigo; cuando dos personas tienen á la vez el mismo sueño, te digo que andando el tiempo se cumplirá aquello que soñaron. Nuestra visión es más que un sueño, yo creo que es una profecía.—

—¿Se cumplió acaso el sueño de nuestros héroes infantiles?

Sí.—Hans ilegó á ser un gran poeta, cuya fantasía creaba cuentos y leyendas. Heins, el que se quedó bajo el árbol llenándose de hojas de oro los bolsillos, fué el rico industrial que editaba las obras de Hans.



Cuentos del Manicomio

Adulterio



Ya lo sé; no necesita usted decírmelo si á eso viene. Anoche lo supe sin que nadie me lo dijera; lo sabía hace mucho tiempo. A muerte ¿verdad?

Sólo le ruego que pronto cumplan su justa venganza. La justicia es la gran vengadora.

Si yo me vengué de ella, de la adúltera, por qué no han de vengarse otros de mí? No pretendo robarles ese placer, que me impongan el castigo á que, según ellos, me he hecho acreedor, que me ejecuten, pero que sea pronto.

Si como á otros sentenciados á muerte, me tienen encerrado durante mucho tiempo, ó si mi defensor idiota consigue el indulto, entonces sí, sellaré esta vida de miserias y de imbecilidades, con el suicidio; no puedo más; mi memoria está á diario rumiando la historia de mi crimen, desde el principio hasta el fin. Que me maten, pero pronto... Hacen bien, todas las apariencias me condenan.

¿Qué no hay prueba alguna de su falta? Ya lo creo; ¡oh! si la prueba existiese, no la habría matado; hubiera dado muerte á su amante.

A ella no; porque se reunirían en el cementerio. La prueba pide la justicia; eso, la prueba fué lo que yo busqué inútilmente. Sin embargo, tengo la convicción de que fué adúltera, tengo la seguridad de su falta. Por eso la maté. Y no me arrepiento. Cuando lo deploro es solamente por la falta material que me hace. Siento el pesar que sentía cuando niño, después de haber roto un muñeco, para saciar mi apetito de destrucción ó para saber qué tenía dentro! ¡Oh! si yo hubiera podido saber lo que ella tenía dentro de su alma.

Lo que me desespera es que desde entonces no vibra mi cerebro más que para esa idea, para la de mi crimen. No he podido sepultar en el negro hueco del olvido esa historia. Como las cajas de música que sólo tienen una pieza, y que cuando terminan vuelven á empezar, así en mi memoria llego al momento del uxoricidio y ella, la maldita, la adúltera, levanta su cuerpo acribillado de heridas y vuelve á desposarse conmigo y empieza de nuevo el drama terrible y sangriento, muy sangriento ¿no es verdad?

Esto nunca puede concluir. Yo la mato, y resucita; vuelve á provocar mis iras, y la vuelvo á asesinar, y así lo haría si de veras surgiese viva de su tumba.

Ese recuerdo, negro buitre odioso, me está royendo el cerebro.

Me siento agotado; que me maten pronto; que me maten pronto...

¿Sabe usted cuántas veces en un día puede una caja de música repetir la misma pieza?

¡Ah! figúrese cuántas veces releeré en mi cerebro esa historia. Como cuando me entregaba á los placeres del *haschich*, en una hora vivo muchas vidas; sólo que hoy todas esas vidas son mías; es la mía una y múltiple.

Ahora empieza otra vez, y como si á un espectador en un teatro, lo obligasen á presenciar la representación de su propia vida, de la tragedia de que es él mismo protagonista, me siento obligado á verla, á oirla, á sentirla, á representar dentro de mí mismo mi tragedia.

¡Qué feliz aquel día del casamiento! ¡Era tan hermosa!

Por eso me casé con ella.

Ya ve usted que los celos no son sólo privilegio del que ama.

¡Muy pronto se rompió la uniformidad de aquella monótona paz en mi hogar!

Un día sentí como si hubiese besado los labios de un oso marino; sus rojos y finos labios parecían congelados y en mi boca se coaguló el beso.

Miré sus ojos y estaban mudos. Tenían el brillo y el silencio de los ojos de esmalte.

Y sus brazos me estrecharon como podrian hacerlo los brazos de loza de una muñeca que tuviese cuerda para abrazar...

¿Qué! ¿tan pronto el hastío habría hecho de ella una

nueva víctima? ¿Sería una decepcionada? ¿Habría esperado que fuese algo más el matrimonio?

Y bien, yo no podía darle más; así son todos los matrimonios.

Sin embargo, procuré ser más amante, más apasionado, más ardoroso.

¡Ojalá que hubiera podido ser menos feo!

Acaso sería una esteta intransigente.

Acaso abarcaba la horrible magnitud del contraste de mi cuerpo enjuto y zazonado al lado de su carne mórbida y blanca.

... Ella cumplía en todo como buena esposa. Era más, era una buena esclava.

¡Pero eso me desesperaba; á mi lado no era feliz!

Y la melancolía comenzó á hacer lacio su cuerpo, indolentes sus actitudes.

¿Era una mujer, ó era un mármol hecho carne?

Yo gustaba de ella,—creo habérselo dicho—porque era hermosa. Gustaba de envolverme en sus cabellos blondos, gustaba de envolverme en sus miradas zafíricas, gustaba de que me envolviese y me embriagase con sus caricias, pero ya mi mujer se había vuelto muñeca. Era una Ruth que había vuelto á ser mujer.

Y cuando allí, ante la ventana, inmóvil y silenciosa, el crepúsculo la iba amortajando y ella dejaba hundirse sus miradas en la lluvia cada vez más densa de sombras que caía sobre la tierra ¿en qué pensaba?

Su laconismo era desesperante; me causaba su respuesta el dolor de un martillazo: «en nada» «en nada.» ¡Se puede pensar en nada! ¿Cómo se paraliza esa máquina de movimiento continuo? yo no quiero ya pensar.

«En nada» ¡y un suspiro hondo y largo entreabría su boca!

¿Soñaría, tendría ansias infinitas, deseos inmensos, anhelos inexplicables de algo, de ese algo que nunca llega, que nunca se define bien?

¡Oh, no, no; las nevaturas del mármol son ficticias, no corre sangre por las venas del jaspe.

Esas ansias nunca sasisfechas, esos anhelos jamás colmados, son patrimonio de los elegidos de la Diosa Neurosis.

Y sus miradas eran más vacías, sus besos más insípidos, más automáticas sus caricias.

Aquella mujer no me amaba.

Peró ¿amaba á otro?

Y la flor negra de los celos se abrió en mi corazón.

¡Oh! si eso fuera, la mataría.

Procuré sorprenderla. La espí en sus habitaciones. Siempre el mismo canturreo cuando bordaba; siempre el mismo bostezo cuando leía.

Llegué á horas inesperadas. Nada, nadie.

Y sin embargo, la idea de que me era infiel se prendió á mi cerebro con tentáculos de pulpo.

Me parecía encontrar en aquellas carnes, en donde era una mancha mi mano simiana, huellas de caricias ajenas.

Y ¡ay! en sus lábios ya no volví á hallar calor. A veces encontraba al juntarlos con los míos, un beso que no era de ellos para mí; el beso maldito del desconocido que estaba allí palpitante, vivo.

Y comenzó á arrastrarse por mi corazón como un repugnante caracol que dejara á su paso reguero de baba gelatinosa y envenenadora, el terrible odio.

¿Cuál era, si no amaba á alguien, la causa de sus hondas melancolías, de su eterna nostalgia.

Cuando sumergía mis miradas en sus ojos eternamente serenos, en sus ojos azules sin tempestades,

Sahas de expresión, se perdían como la sonda en las profundidades del mar.

Intercepté su correspondencia. Ni un indicio.

Y por las noches, en vela, conteniendo el aliento: allí muy cerca de ella, aguardaba oír un nombre que se le escapara.

Siempre su respiración acompasada. De cuando en cuando un suspiro, aquel suspiro desesperante que me irritaba, que hacía crecer más y más mi odio...

¿Había pertenecido aquella mujer, antes que á mí, á otro hombre por el cual anhelaba?

¡Ah! si así era cómo debía á solas burlarse de mi, cómo se burlaría de mi imbécil, de mi *inocente* credulidad.

En mi pecho se desarrolló alarmantemente el terrible odio y llegó hasta sus más apartadas cavernosidades.

Luego invadió todo mi ser, lo llenó como el gas que llenara un pobre aeróstato hasta que se sintiera próximo á reventar.

«Tú no me amas,» le dije.

¿Cómo no había de amarme si yo era tan bueno?

Tan bueno. Comprende usted?... Aquella noche me sentí impelido, obligado, á salir del teatro.

Esperando oír cuchicheos amorosos, llegué. En efecto. Hasta oí un beso, ¿lo oí en realidad?

De un golpe hice saltar el picaporte de la puerta.

Una figura de hombre, de hombre joven, de hombre hermoso,—mi eterno enemigo,—se deslizó rápidamente, pegado á la pared, y se agazapó en un ángulo de la pieza.

Una, dos, tres veces, disparé sobre él, y cuando se disipó el humo de la pólvora, aquel hombre había desaparecido. Me había burlado.

La hipócrita aparentaba tranquilidad. Había gritado con espanto y estaba agitada.

El ruido la había hecho romper su armadura de hielo.

—«Pero ¿estaba yo loco?»

Loco, sí; eso habría deseado ella. Era una buena causa ajena á su voluntad para deshacerse de mi repulsiva presencia, de mi odiosa compañía y poder presentarse en todas partes tranquila, serena é inocente.

Yo creo que pensaba con tal fuerza en su amante, que se reprodujo la imagen en el muro. Usted comprende que yo no puedo haber visto visiones.

Y ¿qué importaba que no me fuese infiel materialmente?

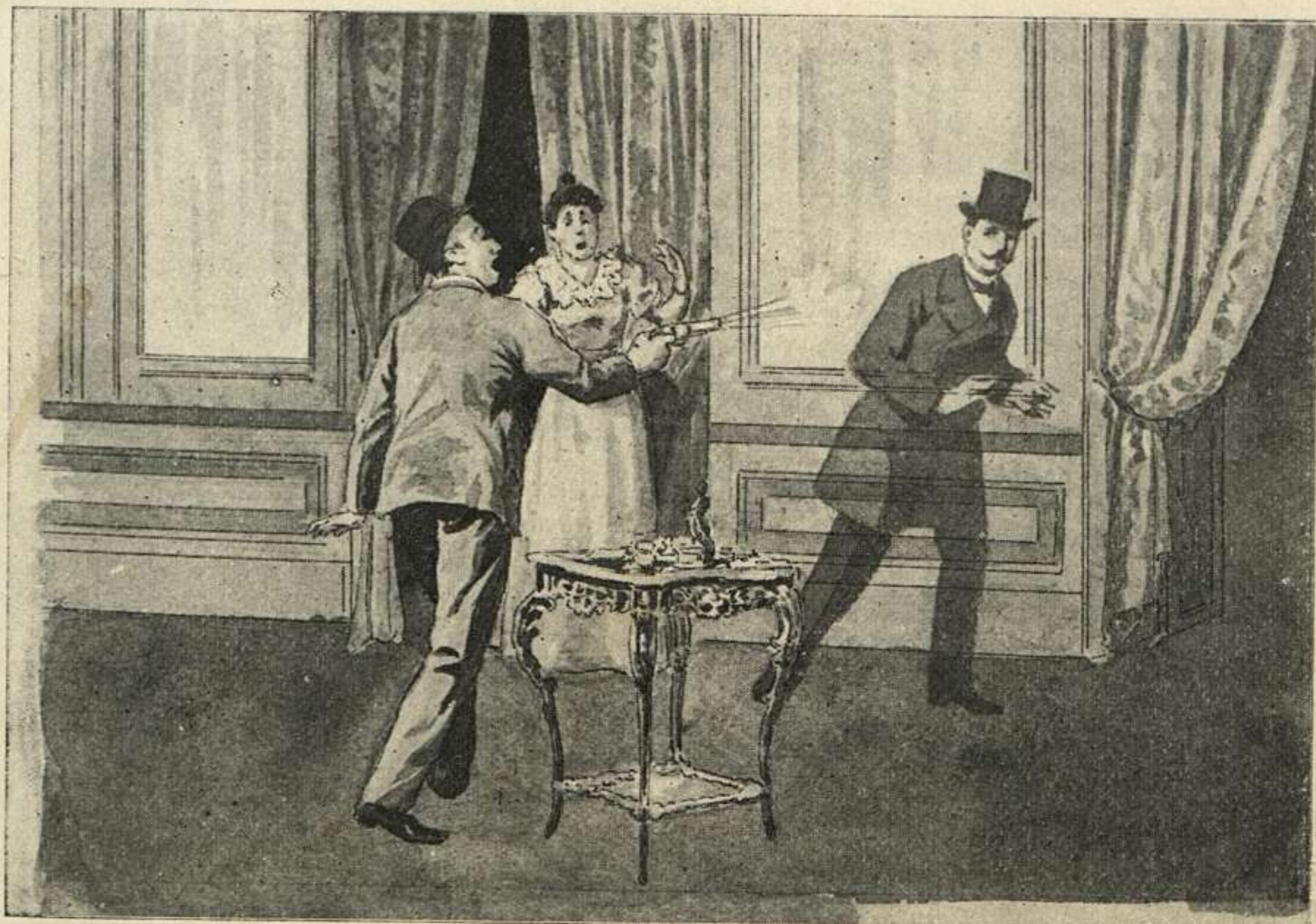
Bastaba su infidelidad de pensamiento para que yo la odiase, para que la odiase inmensamente.

Mi odio era gigantesco, era mi amor,—entiende usted?—era el amor que antes no había podido tenerle y que se manifestaba cuando la creía perdida, bajo la forma de odio. Un odio infinito, generador de insoportables, de incontenibles ansias de venganza.

Mi amor de Sático por ella, se convertía en el odio de Minotauro celoso de una de sus mujeres.

Traté de convencerme de que estaba en un error.

La estreché fuertemente, la oprimí contra mi pecho repleto de aborrecimiento para ella. La besé ruidosamente en la frente, en las mejillas, en los ojos, en la boca, en el cuello, su cuello blando y blanco, afelpado.



Cuando la retiré, busqué en el fondo de sus ojos la verdad, y subió á ellos una oleada de perfidia. Pasó por sus celestes pupilas un relámpago de maldad. En sus labios finos y rojos, en sus labios de sangre coagulada, en sus labios de nieve roja, se balanceó una sonrisa *clownesca*, burlona, irónica, befiante, escarnekcedora.

Gozaba con su triunfo y le causaba yo lástima y desprecio. Había logrado engañarme.

¡Oh, no! eso nunca.

Pude haber oprimido su cuello con mis manos ateneceantes, pero habría caído muy pronto inerte sobre la alfombra. No hubiera sufrido mucho, como yo lo deseaba.

Así lo reflexioné con una rapidez notable.

Y acariciando con cariño, con prematura gratitud, con deleite, el pomo de mi puñal *veneciano*—una cabeza dantesca—esperé impacientemente.

Llegó la noche envuelta en su manto muy negro, taimada, hipócrita... y mala consejera. ¡Como si ella no tuviese parte en el crimen!

Quién sabe si la luz de la luna hubiese llegado hasta mi espíritu á disipar un tanto sus nebruras.

Esperé yo tranquilamente—así, tranquilamente esperarán mis verdugos en la víspera de mi ejecución—á que el sueño se extendiera por su cuerpo pecador.

Debo en justicia hacerme un elogio por la destreza y violencia con que la até con fuertes ligaduras á su propia cama.

Presintió su destino y gimió y se retorció desesperadamente como un enfermo á quien se ministrara cloroformo.

Sus dolorosos y penetrantes gritos no entraron en mi alma.

¡Cómo me deleité con los temblores que imprimió á su cuerpo, el miedo! Le temblaban los brazos, las piernas, los labios, hasta las miradas y aquel miedo horrible, mortal ¡era yo quien se lo inspiraba!

Retardé un momento más el placer, para saborearlo mejor, y suavemente, delicadamente, hundí la hoja brillante y pura en la carne blanca... la sangre puso su nota roja.

Halásido en el muslo. No debía morir muy pronto y sin embargo murió; el miedo la asesinó. Fué una pequeña decepción para mí; después iba á saciar mi febril sed de venganza en carne muerta.

Una vez y otra y otra, hundí la hoja acerada.

¡Qué placer cuando sentía la resistencia de la carne maciza!

Cómo oprimían las carnes abiertas al puñal justiciero, y cómo besaban las heridas con sus labios muy rojos—¿podrían no serlo?—la hoja homicida.

Y cada vez que desgarraba la epidermis, cada vez que rompía los tejidos, abriendo nuevos manantiales de sangre tibia, muy tibia y muy roja, experimentaba pla ser infinito, inefable y enervante.

A cada puñalada sentía mayor desahogo; un peso enorme se desprendía de mi alma. El odio me salía ya satisfecho, en enormes cantidades. Transpiraba odio por todos los poros ¡Estaba yo sanando!

Mi brazo fué debilitándose; fueron más suaves los golpes, más pequeñas las heridas y no pude más.

Me encontraron desmayado, desmayado de placer, junto al cadáver.

Dicen que eran cuarenta y ocho heridas; es posible,—y me acusan de espantosa crueldad. Tienen razón: fué una imbécil crueldad, tanto herir un cuerpo muerto. ¡Si hubiera tenido vida hasta el último golpe!

Estoy vengado y ella está redimida. La hice impecable. La sacra putrefacción purifica su cuerpo del pecado y la salva de toda profanación humana, allá en el fondo de su tumba.

.....

¿Ve usted? ya empieza de nuevo mi pesadilla.

Ya veo el velo blanco y los blancos azahares de la desposada. Ya siento el olor de incienso del templo.

.....

¡Oh! que me maten pronto, que me maten pronto.

FRANCISCO ZARATE RUIZ.

Una escena del Evangelio.

RELATO DE UN DISCIPULO.

Se levantaban al cielo las gallardas agujas de mármol blanco, entre arquerías colosales de mármol blanco, entre innúmeras estatuas de mármol blanco, entre prodigiosas quimeras de mármol blanco, entre aéreas balastradas de mármol blanco; todo esto rematado, á más de cien metros de altura, por una gigantesca madona de oro!

* *

Dentro, en las naves, profundas y sonoras, los órganos y los coros regaban su alma armoniosa entre las blanquecinas volutas del incienso... La luz, atravesando los esplendentes vitrales de colores, quebraba sus iris en las baldosas de mármol blanco, en



las columnas de mármol blanco, en las esculturas de mármol blanco....

* *

El Tesoro resplandecía, fulguraba... Las grandes cruces de oro y pedrería, las pesadas coronas de oro y pedrería, las severas casullas de oro y pedrería, los imperiosos báculos de oro y pedrería, los anchos cálices de oro y pedrería, ¡oh! todos los dones de Emperadores, Papas y Arzobispos—grandes de riqueza y remordimientos, de poder y de miedo.

* *

.... Pálido, el blondo Redentor de ojos judíos, salió del templo triste, angustiosamente triste... Y lejos, allá en los rientes huertos de Galilea, se arrodilló sobre un pedazo de tierno césped, ante un pedazo de claro cielo. Y su voz gloriosa dijo esta oración: «Padre, Padre de Justicia! más altas y más puras que esas agujas de mármol blanco son mis aspiraciones al bien; más bellas que esas estatuas de mármol blanco son las estrofas de mi poesía; más raudalosas que esas notas de los órganos y de los coros, son las plegarias de mi alma resonante; de más limpias aguas, de más vivas luces que las pedrerías de ese Tesoro son las virtudes que constelan mi espíritu; mi frente es tersa, mis ojos soñadores, mis labios castos; oh Padre! Padre de Justicia! dame valor!»

* *

.... Y luego, en la soledad, estuvo tejiendo, con las cuerdas duras, vibrantes y trágicas de su indignación, un *Látigo!*

Milán.

JESUS URUETA.

SOMOS MORISCOS.

Una de las sorpresas mayores y acaso menos agradables que pudiera darse á un mexicano *pur sang*, sería la de revelarle que era andaluz y si de la sorpresa se le quisiera hacer pasar á la estupefacción, no habría más que afirmarle que no sólo es andaluz sino morisco. Ante aserciones semejantes, el gomoso del Jockey Club que se cree inglés, el cursante de *base ball* que se reputa yankee; el boulevardero que se juzga francés y el asíduo del «Cambio de la Tambora» ó de «La Amistad de los amigos» que se declara mexicano neto, de una pasta y de una sangre especiales que no son ninguna de las conocidas y sí mejores que todas, pondrían el grito en el cielo, clamarían á toda la corte celestial y desenvainarían *trompadores*, *revolvers* y *cuchillos* en defensa de su abolengo denigrado y de su genealogía calumniada.

Ya es fuerte cosa, en efecto, llevar en las venas la misma sangre del «Ecijano» ó del «Boto» y descender en línea recta de Diego Corrientes, y aunque sea honroso ser nieto de la misma María Santísima, appena en extremo cuando se viste *jaquette* y se monta en bicicleta, tener hermanos de sangre que visten de corto y cabalgan en jaca, que ponen un *buen par al cuarteo* ó se acuestan en la cuna previa una *cita en corto*.

Andaluces nosotros que jugamos al *bacarat* y menospreciamos el *tute* ó la *brisca!* Andaluces nosotros que tocamos el piano y no la guitarra! Andaluces nosotros que preferimos la trufa al *aio* y el Champagne al Manzanilla!

Nada en efecto más paradójal; pero nada en cambio más cierto ni demostrable. ¿Qué es en efecto un andaluz? En lo físico, es un ser bajito, encanijado, huesoso y amarillento y no podemos, pretender á la nivea blancura del inglés, á los dos metros y centímetros del ruso, á las morbideces y exhuberancias del holandés y á las proporciones armoniosas que inmortalizó la estatuaria griega. A mayor abundamiento nuestros ojos son negros y ocupan la mitad de la cara; nuestra mirada es ardiente y despide fuego; nuestros labios tienen una alarmante contracción irónica y nuestras cejas pobladas y oscuras parecen un suplemento de bigotes; todo esto es andaluz á más no poder y nuestras mujeres, con sus pesadas crenchas de ébano, sus caderas amplias, su andar ondulado y sus ojos chispeantes, no son más que sevillanas. En lo físico no podemos, pues, negar el abolengo.

En punto á virtudes y vicios, á usos y costumbres, á moralidad y á indumentaria, la analogía no sólo se mantiene sino que se corrobora. Los caracteres morales del andaluz son un sentimentalismo exagerado, un eterno columpio de pasiones encontradas, una imprevisión de niño, un histerismo de mujer; grandísimo desprendimiento, sentimientos hospitalarios, valor heroico, vanidad elevada á la quinta potencia, amor á la ostentación, fanfarronería: culto de la hiperbole, del ditirambo y de la mentira.

Esta enumeración es casi nuestro retrato. Como el andaluz, somos ponderativos é hiperbólicos; nuestro estilo ampuloso é hinchado va siempre, como el suyo, esmaltado de palabrotas, de juramentos y de obscenidades. Nuestras pasiones son tumultuosas y volcánicas: el amor es delirio frenético; el patriotismo, religión y culto; la amistad, abnegación y sacrificio.

No existen para nosotros sentimientos atenuados é intermedios; amamos ó odiamos; huimos ó desafiamos; lloramos ó carcajamos. Nuestras opiniones son contundentes como martillazos, nuestra crítica cortante como cuchillada. Fulana es divina ó odiosa; Zutano es sublime ó ridículo; Mengano es un genio ó un imbécil. Llevamos en la mano un látigo, la sátira, y nos servimos de él sin descanso como sin piedad. Somos burlones, agresivos, panzantes; cada persona tiene su apodo; á cada individualidad se le cuelga su milagro; nadie está al abrigo de la maledicencia y de la crítica. Nuestra conversación gira siempre al rededor de una persona á quien se desuella viva y va salpicada de chistes, de anécdotas y de chascarrillos.

Nuestras costumbres son tanto ó más andaluzas que nuestros sentimientos y pasiones. Como en Andalucía, comemos ajo, cebolla y chile picante; rondamos calles, acechamos celosías y damos serenatas; somos celosos, pendencieros y mal hablados; gustamos de montar potros brutos; nuestros espectáculos favoritos son el género chico y las corridas de toros; la guitarra es un utensilio doméstico; tenemos santo patrono, le encendemos cirios y le colgamos milagros y retablos; somos tan asíduos al templo como á la verbena; hacemos San Lunes y dormimos siesta; cargamos navaja; regamos flores al paso de las mujeres y gustamos de *chulearlas* y *galantearlas*.

Nuestra indumentaria, la popular al menos, es calcada de la suya; el zarape y el jorongo son nuestra manta zamorana siempre estorbosa y siempre al hombro; vestimos de corto y nuestra chaqueta bordada, nuestras calzoneras con vistosa y ruidosa botonadura, nuestro jarano lentejueado con voluminosa toquilla, remedan y reproducen los alamares, brandeburgos, bordados y *golpes* del traje andaluz. Hace poco aún, la china poblana calzaba bajo, vestía corto, ceñido y bordado, y se envolvía en el rebozo de seda como una manola en su mantón de Manila. Las randas y bordados de la camisa, los holanes y encajes de la enagua, las voluminosas arracadas, los hilos incontables de la gargantilla, las sortijas brillando en todos los dedos; las flores, los clavillos y peinetas del tocado y el balanceo de las caderas y el salero y el donaire y la gracia, todo recordaba y todo reproducía la indumentaria ostentosa, graciosísima y pintoresca de la tierra de María Santísima.

Hasta en la articulación de la palabra somos andaluces. Pronunciamos idénticamente la z, la c y la s. Decimos *sapato* y no *zapato*; *gose* y no *goce*; mutilamos las palabras y nos tragamos sílabas y letras; no decimos *salado* sino *salao*, ni *comido* sino *comio*; usamos de un caló tan pintoresco como incorregible; todos son sentidos figurados, metáforas desmesuradas, hiperboles infinitas. Amenazamos con un *Voy á romperte el alma!* que rompe los tímpanos. Unos peladitos que empujaban un vehículo gritaban á los transeuntes: *ábránla de Temamatla!* en recuerdo del gran siniestro ferrocarrilero; arrepentirse ó desdecirse es: *Abrirse de alas ó rajarse*; humillarse es *sumirse*; en una fiesta animada ó una reunión tumultuosa *está la cosa que arde*; locuciones todas, giros y modismos que revelan nuestro temperamento ardiente y nuestra índole imaginativa y que corroboran nuestro parentesco inmediato y consanguíneo con los andaluces.

En nuestras costas del Golfo y en la Península yucateca el parecido pasa casi á la identidad y puede decirse de veracruzanos y yucatecos, y es cuanto hay que decir, que son más andaluces que nosotros y puede también que hasta más que los mismos andaluces.

Ahora bien; quien dice andaluces dice moriscos. Son enteramente orientales,—la historia de las con-

quistas musulmanas lo explica—ese natural fogoso, pasional, ponderativo y mentiroso; ese culto ferviente a la mujer; la serenata, la celosía, los alamares del traje, la toquilla del sombrero que no es más que una degeneración del turbante, las chapetas que son la evolución de la media luna, la manta zamorana, que no es más que el albornoz; los ejercicios ecuestres, las corridas de toros; el cuchillo al cinto; el estilo colorido y figurado; la ponderación y la hipérbole y hasta la multiplicidad de los nombres y apellidos, tan usual entre portugueses. Y todo ese tesoro de ideas, pasiones, costumbres, indumentaria, lo heredamos de los moriscos nuestros abuelos á través de nuestros padres los andaluces.

Si en vez de inscribir en nuestras tarjetas de visita, Ramón González ó Paco Rodríguez, pusiéramos Ahmed-ben-Fernández ó Abdul-ed-Martínez no habríamos renegado de nuestra ascendencia, ni derogado nuestro árbol genealógico, ni vendido nuestra progenitura por un plato de lentejas.

Lo siento por los jugadores de Polo que quisieran descender de Guillermo el Conquistador ó por los que piden á cinco en el Baccará y á quienes desconolará no ver figurar en su ascendencia siquiera un Valois ó un Borbon; pero la etnología y la lingüística obligan, como la nobleza, y hay que resignarse á descender modestamente de Boabdil ó de Omar y sentir circular por las venas sangre del Profeta. Al

fin que todos somos unos y que descendemos en último análisis de Adán ó en último caso de Noé, de sus hijos y de las mujeres de sus hijos.



VORREI MORIRE.

Yo quisiera morir en pleno día
Mirando al sol llegar hasta mi lecho
Como un amigo alegre y satisfecho
Que viene á visitarme todavía.

Yo quisiera morir y en mi agonía,
Estrechar afanosa contra el pecho
A la mujer que conquistó el derecho
De hacerme suyo por llamarse mía.

Yo quisiera morirme dulcemente
Como mueren los pálidos ancianos
De faz immaculada y sonriente,
Sintiendo como céfiros livianos,
Acariciar mis ojos y mi frente
Osculos tiernos y piadosas manos.

B. BYRNE.

VERSOS ROMANTICOS.

A Ninón.

Huyó la Primavera hermosa y deslumbrante,
Las flores, ya marchitas, se lleva el viento errante
Que zumba entre los hierros oscuros del balcón.
Reposa en el espíritu el sueño entumecido,
El triste pensamiento de luto está vestido
Y de profundo duelo se empapa el corazón.

Con voces que sollozan se queja la arboleda,
Suspiran los ramajes y la hoja mustia rueda....
La luz se apaga débil.... la sombra reina ya....
Oh, pálido crepúsculo, oh, clámide nocturna,
Qué sola queda el alma, el alma taciturna,
Cuando la tarde muere, cuando la luz se va!

Pero aunque de la aurora se apaguen los reflejos,
Aun cuando la ventura se pierda allá.... muy lejos!
Vuelve radiante el alba en blanco despertar;
De cándidos botones se cubren los rosales,
Resurgen en la vida los santos ideales,
Y el alma—siempre joven—torna de nuevo á amar.

Como radiosa lámpara que no extinguió su flama,
En las tinieblas lóbregas del pecho que te ama
De tu inmortal imagen se aviva el resplandor,
Y entre las brumas pálidas de mi pasado incierto
Fulgura tu memoria.... Mentira!.... no está muerto
El sol de tu recuerdo, el astro de mi amor.

Sobre mi pena agitas tus alas de paloma,
Derramas en mi senda tu embriagador aroma,
Me envuelves en los rayos de tu mirar de luz,
Y con tus manos castas, piadosas y divinas
Arrancas de mi frente las trágicas espinas
Y rompes de mis duelos el fúnebre capuz.

Eres el ángel blanco de mis ensueños de oro,
En tu palabra canta como un alegre coro
De alondras, que su vuelo levantan al zafir;
Y en perfumadas ondas tu rubia cabellera
Cayendo en rizos blondos, es la triunfal bandera
Que sigo, enamorado, con rumbo al porvenir.

Amemos!.... La esperanza risueña nos convida
Amemos! Es la estrofa suprema de la vida.
Amor, ¡canta los cielos! amor, murmura el mar;
Y las vetustas selvas y el lago adormecido,
Las rosas en el tallo, las aves en el nido,
La sangre en las arterias.... todo nos dice: amar!

Después, cuando muy fría descienda la nevada,
Cuando al oír las notas de la invernal balada
La juventud esquiva nos dé el postrer adiós,
Con los perfumes últimos de la pasada gloria
Que en su ánfora conserve dormidos la memoria,
Felices aún seremos amándonos los dos.

No importa que la lluvia azote la ventana!
No importa que la tarde—como oriental sultana—
Desgarre de sus chales el transparente tul!
Pasada la tormenta, la flor abre su broche,
Y las estrellas pálidas esmaltan en la noche
—Como azucenas de oro—el infinito azul.

Que cante el viento errante sus himnos lastimeros
Que entre las negras nubes fulguren los luceros,
Cual diamantinos clavos en funeral tisú!
Allá quedan las luchas.... la tempestad sombría!
Conmigo, tu hermosura de blanca epifanía!
Allá el olvido.... el duelo.... pero en mi alma.... tú.

F. M. DE OLAGUIBEL.



SONETO VERDE.

DE «CANCIONES SURIANAS.»

Es todo verde: el Iris que en pos del aguacero
de cumbre á cumbre tiéndese como un arco triunfal,
al cielo trueca en lámina de pavonado acero,
al derramar su gaúco, lumínico y espectral.

Qué verde el abanico del alto cocotero!
qué verde la onda trémula que afluye al bejucal!
qué verde el guacamayo que aturde por parlero!
qué verde el romerillo que cubre mi jacal!

La gama de los verdes el bosque ha empenumbado.
El Sol—vívida flama de gran ponchera—ha dado
todo, un misterioso y eclógico verdor....

Tú sólo niña rubia, perdida en el bosque,
eres la nota de oro del vespéral paisaje,
nota que inspira al Títilo alado... al ruiseñor

JUAN B. DELGADO.

La Canción del Trovero.

Mis castillos he trocado por los lauros del Trovero,
Por la lira mis esmaltes y mis nobles orflamas,
Y en los blancos plenilunios, cual vidal aventurero,
He cantado los amores: soy el bardo de las damas.

Y el enojo de las damas he sufrido como Arnaldo,
Cual Rudel he sorprendido las bellezas más adustas,
Y piegona mi linaje la trompeta del heraldo
En las iras del torneo y en las glorias de las justas.

El sentido he descifrado de los viejos armoriales,
Y conozco la inocencia por la plata de las frentes,
La virtud, por las doradas cabelleras señoriales,
Y el candor, por el armiño de los hombros transparentes.

Los sinoples agresivos de los ojos me han herido,
El azur de las ojeras me ha confiado sus secretos,
Y á los ojos verdioscuros mis rondales he ofrecido,
Y al azur de las ojeras he cantado mis sonetos.

En los gules de los labios abrevé mis ilusiones,
En los lises de los senos he guardado mis quimeras,
Y he rondado las ventanas adornadas de blasones,
Sorprendiendo rostros blancos al través de las vidrieras.

En el mote de mi empresa preconizo mi bravura
Y en el puño de mi estoque mi blasón es un tesoro:
Un escudo, y como emblema de esperanza y de amargura,
En su campo que es de sable reluciendo un fénix de oro.

EFREN REBOLLEDO.

MARGARITA GAUTHIER.

Oh virgen profanada! te arroja la miseria
al lecho donde todo lo impuro te devora,
y con el beso rojo de la brutal materia,
escupe sangre y ríe tu boca encantadora.

¿Qué sombras, hay, á veces, en tu mirada seria?
¿Presientes que se acerca la muerte redentora,
que gimes en los brazos convulsos de la Histeria
y bajo el raso tiembla tu carne pecadora?

El amor es escala; por ella asciendes, cuando
tu vida purifican con bálsamos lustrales
los hondos infortunios, y en sus tremendas crisis
Se apagan tus pupilas que ya no ven á Armando...
abandonados yacen los opulentos briales....
¿deshoja tus camelias el frío de la Tísis!.....

RAFAEL LOPEZ.

Guanajuato.

4 de Abril de 1899.

Lágrimas de la Moda

Imaginación y sentimiento en la mujer.

Cuántos, con mayor ó menor motivo, se jactan de conocer á la mujer, aseguran que los dos enemigos capitales de nuestro sexo son la imaginación y el sentimiento. En rigor, no andan de todo equivocados al afirmar así; pues, en efecto, imaginación y sentimiento mal dirigidos, son origen en infinitas ocasiones de la desgracia de las mujeres. Sin embargo, dando á una y otra calidad la dirección debida, podemos asegurar que constituyen el más poderoso encanto femenino.

La imaginación vivaz, penetrante, sutilísima de la mujer; convierte á su individualidad en algo profundamente atractivo, en algo sujeto á sorprendentes cambios, que tienen el dulce privilegio de deslumbrar y seducir.

La monotonía aburre, cualquiera que sea la faz que revista; importa, en cambio, la variedad, lo inesperado, lo bueno, para que la vida tenga atractivos.

El día sufre infinitas transformaciones en medio de su luz, las flores, entregadas á las caricias del viento, si no cambian en absoluto de color, truecan sus matices en pálidos ó encendidos; la palabra humana, para ser arrebatadora, incontrastable, por necesidad ha de hacer gala de variedad de inflecciones.

Con doble motivo la imaginación, que es maravilloso espejo donde las impresiones se retratan, ha de evidenciar ese cambio infinito y peregrino de ideas y conceptos. Dotada la mujer de más impresionabilidad, como quiera llamarla, que el hombre necesariamente ha de tener en constante ejercicio la imaginación, y de ésta los destellos son más vivos cuanto más ejercita sus maravillosas disposiciones la que no sin razón se llama la loca de la casa.

Con todo, las fogosidades, hijas de la impresionabilidad, deben tener sus límites: una imaginación desbordada es un gran peligro que conviene evitar, y en efecto, se evita, cuidando del dominio de uno mismo, pidiendo á la vida sus amargas enseñanzas y á la inteligencia la lógica precisa para razonar.

Una mujer que haya recibido educación prudente y sana, que tenga costumbre de encauzar por las sendas debidas su talento y conocimientos, no evidenciará nunca una imaginación desbordada y loca, porque aun en caso de funesto extravío, sabrá imponerla pronto el debido freno.

Cierto que la imaginación, con sus espejismos maravillosos, hermosa muchas de las cosas que nos salen al encuentro en la vida; pero de hermosearlas á desviarlas de su cauce natural, media gran trecho. Es una de las misiones del talento evitar que la imaginación imprima equivocado derrotero á la vida.

Se puede tener una imaginación brillante y ser sensato; se puede deslumbrar con su vívido centelleo sin ofuscarse. Dios nos ha dado la inteligencia para que sea el regulador de nuestras facultades todas; dirijámosla bien, y los peligros habrán desaparecido, principalmente aquellos en que abunda la imaginación femenina.

Y al sentimiento, esa hermosa joya que embellece el corazón de la mujer—preguntarán nuestras amables lectoras,—¿qué lugar se



FIG. 2.—GRUPO DE FROCKS PARA NIÑOS Y TRAJECITO MARINERO.

Si la mujer careciera de sentimiento, sería, en suma, una hermosa estatua; no vibraría al choque de una emoción, y por lo tanto, no despertería pasiones; no podría, en una palabra, embellecer las horas y ser el árbitro de los destinos humanos.

Sin el sentimiento, que se ampara de la mujer, carecería el amor de alas, y en vano las almas, en su peregrinación por la tierra, buscarían

el dulce calor que las vivifica y ennoblece. No; no diremos nunca á las mujeres que dejen de sentir, ó que coarten sus sentimientos: sería lo mismo que pedir á Dios suprimiera el sol sin suprimir el día, igual que impedir á la flor derramar aromas teniendo abierta su corola. La mujer ha nacido para sentir, como ha nacido para amar; pero de la misma manera que ha de procurar amar lo que es noble y bello, al tratarse del sentimiento importa que no le prodigue en terreno poco agradecido. El secreto de la dureza de alma en algunas mujeres consiste, no en que no tuvieran antes sentimiento, sino en que lo derramaron generosas, sin medida, en corazones ingratos. Del mismo modo que el hábil jardinero busca el terreno apropiado para colocar la semilla, á fin de que fructifique, de idéntica manera la mujer ha de derramar los tesoros íntimos de su alma y las dulzuras inefables de su ternura en seres que sepan comprenderla y estimarla.—JÓSEFA PUJOL DE COLLADO.

NUESTROS GRABADOS

FIG. 1.—MANGAS Y CUERPO ULTIMA NOVEDAD.

El cuerpo es de tul punteado con gran aplicación de punto de alençon en picos, encuadrando el escote. Las mangas, la una de satén con alamares de seda bordada, y la otra de tul plisado con anillos de ahuevados.

FIG. 2.—GRUPO DE FROCKS PARA NIÑOS Y TRAJECITO MARINERO.

Damos un grupito de tres frocks para niños y un trajecito marinero, todos de última novedad y de gran fantasía. Los tres primeros son, el blanco de lanaje fino; el gris, de sarga clara, y el azul obscuro de la misma. El trajecito de marinero es de cheviotte.

OTRO PAGO DE \$5,000 00 DE "LA MUTUA" EN MEXICO.

Un timbre por valor de \$5 00 debidamente cancelado.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de (\$5,000) cinco mil pesos plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 718,833 bajo la cual y á mi favor estubo asegurado mi finado esposo Don Oscar Townley Richter y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en la ciudad de México, á 18 de Febrero de 1899.—Firmado.—Ana María Pendas, viuda de Richter.—Rúbrica.

Un timbre de \$0 50 cts. debidamente cancelado.

Heriberto Molina, Notario público. Certifico: que en mi presencia recibió la Sra. Ana María vda. de Richter, la suma que expresa el recibo anterior, firmando de conformidad. Y para constancia expido la presente certificación en México á dieciocho de Febrero de mil ochocientos noventa y nueve.—Firmado.—Heriberto Molina.—Rúbrica.



FIG. 1.—MANGAS Y CUERPO ULTIMA NOVEDAD.

le reserva en este artículo? El último, que, en suma, es el más interesante, el principalísimo.

Es algo tan espontáneo el sentimiento, tan sublimemente bello, que en vano trataríamos de reducirles á reglas fijas. Como no se mide la extensión de los afectos, tampoco se puede medir el terreno que ocupa el sentimiento; pero es indudable que informa la poderosa vida del alma en la mujer, y que en esta criatura, sensible por naturaleza, y cariñosa, el sentimiento se encarga en gran parte de la dirección de su vida.

Lo más moderno, lo más sencillo y lo más rápido que se conoce en la actualidad, es lo que usa el Dr. C. Preciado, para llevar á cabo sus grandes curaciones.

Trata por medio de la electricidad, los casos más rebeldes de estrechez, alejando por completo todo peligro para el enfermo. Esta clase de operaciones, nunca dura más de *doce segundos*, recobrando el enfermo su salud en el acto y siguiendo sus ocupaciones.

Las enfermedades de las señoras se curan radicalmente, cualquiera que sea su período, en menos de *quince días*.

Las hernias, conocidas con el nombre de relajaduras, se curan entre *cinco y seis días*, poniendo en práctica el mejor procedimiento francés que se conoce en la actualidad. Son innumerables los casos de curaciones que se han obtenido de esta enfermedad y cuyas certificaciones están á la vista del público.

Los instrumentos más modernos, últimamente construidos en Europa y Estados Unidos, se encuentran en el Consultorio del Dr. C. Preciado; y puede asegurarse que no hay en México un consultorio médico, tan bien montado, para curar enfermedades especiales, como el que está situado en la calle del Coliseo Viejo, núm. 8.

La gran reputación de que goza el Dr. Preciado, para curar toda clase de enfermedades secretas es la mejor garantía que tiene el público, para confiar su curación á dicho facultativo.

Las medicinas más eficaces que se conocen para curar radicalmente la blenorragia, la impotencia en el hombre, la esterilidad en las señoras; y el gran preservativo para no contraer enfermedades, están de venta en el mismo consultorio.

Para detalles y pormenores, dirigirse al Dr. C. Preciado.--- Calle del Coliseo Viejo núm. 8. México, D. F.

**TOMEN
El Olugna.**

Unico específico para la sangre.

MOSLER, BOWEN & COOK,
SUCESOR.

PUEDE EQUIPAR POR COMPLETO

LA OFICINA DE USTED

Cajas Mosler, Máquinas de escribir

“Smith Premier,”

Escritorios de Cortina y Planos,

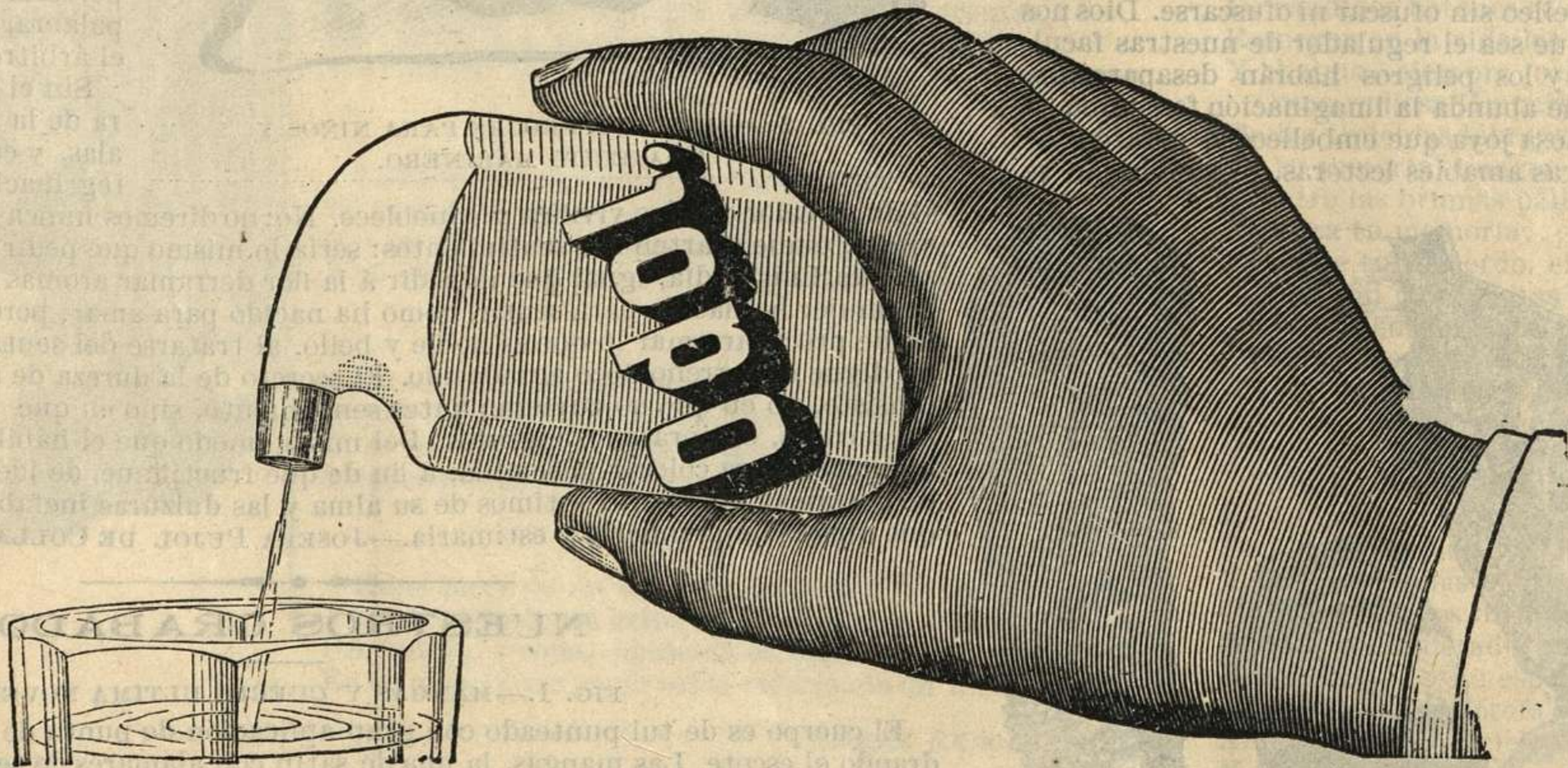
Archiveros, Libreros,

Sillones, Mesas, Prensas etc.

APARTADO No. 658.

Alcaicería No. 27. México, D. F.

EL MEJOR DE TODOS LOS DENTIFRICOS



PORQUE enteramente distinto de todas las otras aguas, polvos, pastas y jabones, no contiene sustancias que alteren el esmalte y corroen la dentadura.

PORQUE dotado de propiedades antisépticas, impide el desarrollo de todos los microbios que enferman la boca y carien los dientes.

PORQUE todas las demás preparaciones no permanecen en la boca sino un tiempo excesivamente corto para ejercer la acción antiséptica que pudieran tener, en tanto que el ODOL que forma con el agua una emulsión en la que se encuentra dividido en gotas finísimas, penetra en todas las cavidades, quedando á ella y todas las membranas de las encías y de la boca, adheridas, y de esta manera *ejerce su acción por muchas horas*.

PORQUE su uso produce una sensación de agradable frescura, que no se obtiene en ninguna otra preparación dentífrica.

El ODOL es sumamente barato. Un frasco que vale \$1.50 cs. alcanza para varios meses. Se halla de venta en el afamado Almacén de Drogas de

José Uihlein Sucesores.

Calle del Coliseo Nuevo No. 3.